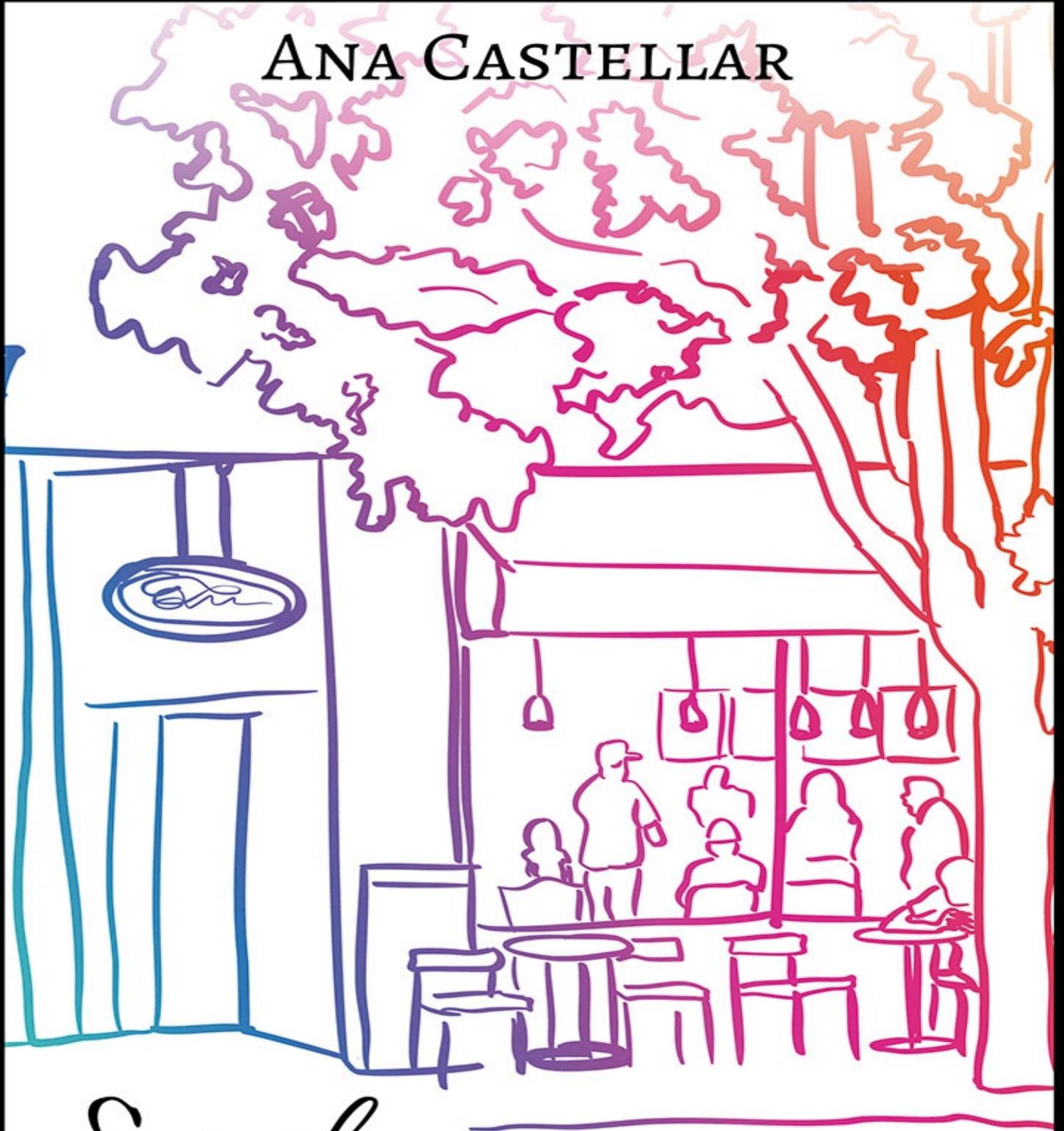


Selecta

ANA CASTELLAR



*En el
momento adecuado*

En el momento adecuado

Ana Castelar

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A mis hermanas.

*quizás exista un ángel
destinado a cada uno de nosotros
y será cuestión de tiempo
que asista en nuestra búsqueda.
Atracciones, de Diego Ojeda*

Capítulo 1

—Ya a casa a descansar, eh.

Covadonga se giró y miró a su alrededor, él sonrió al verla sorprendida.

—Sí, por fin se ha acabado el día —le respondió ella sonriente—. Buenas noches —le dijo después de un breve instante mirándose a los ojos.

—Buenas noches —le respondió Félix y la observó mientras se alejaba. Se repetía buenas noches y sonreía al recordar su actitud al saludarla. Miraba su reloj, apenas eran las ocho y veinte de la tarde y para ella ya era de noche. Terminó su cigarrillo y entró al bar. Veía a aquella mujer todos los días bajar por aquella empinada calle, a veces más rápido otras más despacio, como cargando con el peso del mundo sobre su espalda. No sabía su nombre, no hacía mucho que estaba en el barrio, pero se preocupaba si no la veía regresar a casa a la hora que siempre solía pasar. Se conocía la rutina de aquella calle y de sus gentes. Desde la primera vez que la vio, se fijó en ella, era diferente, ella miraba por donde caminaba, no iba pegada al móvil como la mayoría de la gente y la mayoría de las veces prefería mojarse a abrir el paraguas. Y aquella tarde, sin saber por qué, tuvo la necesidad de hablarle, de hacerle saber que él estaba allí.

Covadonga entraba en casa con el sofoco de aquella pequeña conversación, ni siquiera sabía si lo podía llamar conversación. Se había fijado en él desde que se había mudado a aquella zona. Lo observaba discretamente todas las tardes cuando regresaba del trabajo y lo veía apoyado en la barra o en una mesa del fondo con un montón de papeles a su alrededor. Alguna vez sus miradas se habían cruzado y su corazón se había vuelto loco, tanto que durante unos segundos se le olvidaba cómo caminar. Y, cuando llegaba a casa, pensaba en él toda la noche y fantaseaba con una relación: cómo se hablarían, cómo serían sus besos. Y ahora él le había hablado. El hombre que le quitaba el sueño porque los ocupaba, le había hablado y le había sonreído. Covadonga no podía evitar sonreír. “Solo ha sido amable”, se repitió. O no se decía, se reía con su discusión interior, se sentía como si tuviese en sus hombros un angelito bueno y otro malo discutiendo sobre si ilusionarse con aquel chico u olvidarlo y no darle más importancia. Decidió prepararse algo de cena y ver alguna película e intentar olvidarse de sus ojos verdes. Por fin sabía de qué color eran sus ojos, los había mirado durante un instante, suficiente para no poder dejar de pensar en ellos.

Al día siguiente Covadonga estuvo más tiempo frente al armario pensando en qué ropa ponerse. Tenía que volver a pasar por enfrente del bar, sí o sí de camino al trabajo, tomar cualquier otro

camino solo le haría andar más del doble y tener que salir mucho antes de casa y por ahora no escogería esa opción. Según se acercaba empezó a caminar más rápido, no fue capaz de mirar hacia dentro. Respiró hondo. Cuando lo dejó atrás, seguía con su discusión interior, pero esta vez sobre si quería volver a verlo e interactuar o prefería no volver a encontrárselo. Por ahora había superado esa vez, solo le quedaba la de vuelta a casa ese día.

Su turno acabó pronto para ella; era la primera vez que se le hacía tan corto. Se arregló un poco en el baño antes de salir; era la primera vez que lo hacía en el tiempo que llevaba trabajando allí. Normalmente cogía su bolso nada más que daba la hora y salía rápidamente para casa. Unas compañeras le preguntaron sobre ese cambio y si se debía a un chico. Covadonga intentaba quitarle importancia mientras no podía evitar sonreír. Bromearon durante un rato y una de ellas la maquilló. “Tienes que sentirte segura cuando veas a ese chico”, le dijo. “Y el maquillaje siempre ayuda”, le dijo otra de las compañeras.

Covadonga empezó a bajar la calle y su corazón comenzó a latir más fuerte cuando lo distinguió en la puerta del bar conversando con otra persona. Según se iba acercando, su corazón latía más rápido. Se sentía aliviada viéndolo hablar con otra persona, así no se fijaría en ella. Dudaba si decirle un hola, un hasta luego, un hasta mañana o un simple gesto con la cabeza. La persona con la que hablaba lo abrazó y se fue calle abajo. Él se quedó unos segundos mirando el suelo, tiró la colilla y se giró para entrar en el bar. Covadonga había reducido su paso rezando en aquel momento que no la viera. Él levantó la vista del suelo, la vio y sonrió. “Tiene una sonrisa perfecta”, pensó Covadonga. Esperó en la puerta del bar a que llegara. Covadonga intentaba sonreír sin parecer nerviosa y caminar más rápido para que el encuentro se produjera y fuese lo más breve posible.

—Pasa, te invito a tomar lo que quieras. —Covadonga se quedó sin saber qué hacer unos segundos. Miró la puerta abierta, lo miró a él sonriente sujetándola y entró.

—¿Qué te apetece?

—No lo sé, algo caliente, hoy hace frío.

—¿Un café? Te va a quitar el sueño. ¿Estás segura?

—Sí, un café. —Félix le preparó el café. Covadonga se quitó el abrigo y lo colocó encima de un taburete. El bar estaba vacío a esas horas, solo estaban ellos dos.

—Mi nombre es Félix —le dijo mientras le acercaba el café.

—Covadonga.

—Encantado de que por fin nos pongamos nombre, Covadonga. Espero que te guste el café, estoy probando varios a ver cuál me gusta más. ¿Qué tal el día?

—Bien, cansador como siempre. Hay gente maja y gente odiosa, pero bueno, tú ya lo debes saber, también trabajas de cara al público. Yo trabajo de dependienta en una tienda de Uría. Y acabo un poco saturada, pero no me puedo quejar, tengo trabajo en estos tiempos. —Covadonga se quedó en silencio dando vueltas a la cucharilla sorprendida por todo lo que le acababa de decir a un extraño. Intentaba recordar sus palabras, repasar si había dicho alguna tontería.

—Tener trabajo y que te dé para vivir es un lujo hoy en día. ¿Te gusta el café?

—Sí, está muy bueno. —La llegada de sus dos camareros interrumpió la breve conversación. Félix miró el reloj sorprendido al verlos allí, después se acercó a darles algunas indicaciones y volvió al lado de Covadonga, esta vez se sentó en un taburete a su lado. Miró a su alrededor.

—Parece que no, pero en un rato se llenará, así da un poco de miedo. —Covadonga sonrió, eso mismo había pensado ella al entrar en aquel sitio oscuro y vacío, daba bastante miedo.

—Gracias por el café, me voy a ir ya. —La ponía nerviosa tenerlo tan cerca, no quería quedarse ensimismada mirándolo a los ojos, pensaría que estaba loca. Lo tenía tan cerca que podía sentir su olor, olor a limpio, nada que ver con esa gente que se cruzaba por la calle a esas horas que olían como si no se hubieran duchado en días. Olía tan bien, se decía Covadonga.

—Te dejo ir, pero mañana te espero y te daré otro café nuevo, probaremos los dos y decidiremos cuál está más bueno. ¿Aceptas mi invitación? —Los dos se miraron unos minutos.

—Sí, acepto tu invitación. Hasta mañana. —Covadonga se apresuraba en ponerse el abrigo y coger su bolso. Cuando se alejó unos pocos pasos, escuchó la voz de Félix.

—Buenas noches, Covadonga.

—Buenas noches, Félix. —Covadonga lo vio sonreír y ella salió del bar con una sonrisa. Félix se quedó mirando sentado en el taburete cómo desaparecía del bar y volvía a ser un sitio triste.

—¿Quién es? —le pregunto una de las camareras.

—Una amiga —le respondió brevemente Félix. Se levantó triste de aquel taburete y caminó hasta su despacho. Ahora se sentía culpable de aquellos minutos de lo que para él habían sido unos instantes de algo parecido a la felicidad. Tenerla tan cerca, ver sus ojos que parecían de color caramelo, dulces, tiernos. Sentir cómo se sonrojaba cuando él se sentó cerca. Hacía mucho tiempo que no sentía nada igual.

Covadonga, en su casa, pensaba en él y en que no podría dormir esa noche. Cogió su móvil y buscó su chat de hermanos, hacía muchísimos meses que no lo había utilizado. Ni siquiera sabía si seguirían teniendo esos números de móvil. Se puso a escribir varias veces y otras tantas lo borraba. Quería contarles lo que le pasaba, pero su relación no era buena en aquel momento, llevaban meses sin hablarse, pero ahora tenía la necesidad de contarles lo nuevo que había en su vida. Volvió a intentarlo, escribió y les contó que ahora vivía sola en un pequeño apartamento que le encantaba, tenía trabajo de dependienta y había conocido a un chico y no podía dejar de sonreír cuando pensaba en él. Después de escribir, salió del chat y dejó el móvil sobre la cama, se prometió no mirar si lo habían leído o no, iba a esperar a que el móvil sonase para mirarlo. En unos minutos que le parecieron eternos, su móvil sonó: Juan y Almudena le habían contestado. Le preguntaban por su piso y la felicitaban por haber logrado salir de casa de su madre, por su nuevo trabajo y Juan le pedía que tuviera cuidado con ese chico del que le hablaba. Aquella noche estuvieron hablando hasta altas horas de la madrugada poniéndose al día con sus vidas. Covadonga era la pequeña de tres hermanos. Sus vidas no habían sido fáciles, pero siempre se habían tenido los tres. Su relación cambió cuando Juan decidió irse de casa. Hasta ese momento

vivían con su madre, una mujer controladora que había sufrido el abandono de su marido después de una mala vida a su lado y que controlaba a sus hijos para que no la abandonasen. Utilizaba para ello los mismos métodos que había utilizado su marido, les hizo creer que no valían nada y ellos desde pequeños se lo creyeron. Les metió en la cabeza ideas que arrastrarían toda su vida y miedos que les impedirían avanzar. Juan decidió irse cuando se enteró del embarazo de su novia, apenas llevaban dos meses cuando ella se quedó embarazada, pero Juan tenía claro que no la iba a abandonar y que se iba a hacer responsable de su hijo. Estaba enamorado de ella y sabía que sería la mujer de su vida, por ella estaba dispuesto a cambiar su vida, algo que no le había sucedido hasta ese momento. Aquella fue una puerta abierta en su vida que le dio el valor para avanzar. Su madre los invitó a quedarse con ella, los ayudaría con el cuidado de su hijo. Pero Juan se estremecía al pensar que su hijo pudiese vivir en ese ambiente de miedos y tristeza. Juan, sin avisar, cogió sus pocas cosas y se fue, sabía que sería un golpe muy duro para sus hermanas, pero en varios WhatsApp les pedía que lo entendieran, tenía que salir de allí y ellas tendrían que hacerlo también sin esperar a que alguien les abriera los ojos o les tendiera la mano para ello; él había tenido mucha suerte al encontrar a Belén para tomar esa decisión. También les pedía que no le dijese nada a su madre de dónde estaba él cuando se lo contasen, todavía no tenía muy claro dónde irían, pero no querían tener la presión de que ella apareciera. Covadonga y Almudena se sintieron abandonadas con la marcha tan repentina de Juan, tenían la esperanza de irse con él, incluso habían hablado entre ellas de esa posibilidad y de lo que podrían hacer, de cómo sería empezar una nueva vida. Pero no fue así, Juan empezó su camino solo sin preocuparse por ellas y de lo que les esperaba. Covadonga apenas acababa de cumplir los 20 y, aunque era mayor de edad, no se sentía así, se sentía una niña desvalida y sola. Juan no volvió a mandar ningún mensaje y no respondió a sus llamadas, de un día para otro cortó todo contacto con ellas. Entre Almudena y Covadonga empezó a crearse más distancia. Almudena empezó a buscar más trabajo y a guardar todo lo que podía. Animó a Covadonga a hacer lo mismo, pero ella no encontraba trabajo, siempre recibía un “ya te llamaremos” y su estado de ánimo iba empeorando. Almudena, en apenas un año, se fue de casa, decidió cambiar de ciudad y empezar de cero sin lastres, sin historias pasadas, quiso comenzar una vida donde no tuviese miedo a enamorarse, donde pudiese creer que ella también podía ser amada. Le pidió perdón a Covadonga, por dejarla allí, pero se tenía que ir sola, demostrarse que podía comenzar una vida, que no era una inútil como su madre le había hecho creer desde pequeña. Las llamadas y los mensajes iban desapareciendo. Almudena le pedía que no le hablase más de su madre, no quería saber si estaba triste o si se encontraba mal, solo quería saber de ella y de Juan, de nadie más, eso hizo que Covadonga dejara de enviar mensajes. Covadonga se quedó sola con su madre y su mundo se hizo cada día más pequeño y asfixiante. A veces soñaba con irse de allí, pero pensaba en su madre y le daba pena irse y luego aquella pena se transformaba en ira cuando se veía allí encerrada sin vida. Ella también tenía derecho a ser feliz, a no perder su vida en aquellas paredes. En aquella casa, donde solo había tristeza y malos recuerdos, cada día era más difícil la convivencia. Aquella ira que se iba almacenando en su

cuerpo le serviría para seguir buscando trabajo. Consiguió encontrar unos que eran mal pagados con mala gente, pero le ayudaban a ir guardando un poco cada mes sin que su madre se enterase. Después de unos meses, cuando ya estaba a punto de tirar la toalla y dejar de luchar, consiguió una prueba en una tienda de ropa. Después de la entrevista, la encargada, Susana, sintió ganas de ayudarla; ella también se había visto como estaba viendo a Covadonga y le dio una oportunidad. Veía en ella a una mujer con ganas de trabajar y sabía que no la defraudaría si le daba esa oportunidad. Covadonga le dijo que haría todo lo posible por no decepcionarla y que trabajaría muy duro y al día siguiente empezó a trabajar. En unos meses Susana decidió hacerla fija, había observada cómo había cambiado su forma de trabajar y en aquellos pocos meses había pasado de ser una mujer tímida y que apenas se atrevía a acercarse a los clientes a atenderlos enseguida con amabilidad y paciencia, prestándoles su ayuda y sus consejos cuando se los pedían. Covadonga vio la oportunidad de irse de casa y no la iba a desaprovechar. Alquilaría un pequeño piso no muy lejos del trabajo y empezaría una nueva vida, se sentía más fuerte. Se despidió de su madre con una nota y se fue, no quería vivir escándalos ni amenazas, quería empezar con alegría su nueva vida. Cuando entró en su nuevo piso, comenzó a llorar, habría logrado algo que hacía unos años creía imposible; era la dueña de su vida y lo había conseguido con su trabajo y su esfuerzo.

Su teléfono volvió a sonar: Juan les enviaba una foto de su pequeño Pelayo que ya tenía cinco años y les decía que estaba deseando que lo conociesen. Juan le había hablado de ellas y Pelayo sabía que tenía dos tías que lo querían y que pronto lo conocerían en persona. Les dio la noticia de que estaban esperando otro hijo. Belén estaba embarazada de pocos meses y estaban felices. Juan les dio la dirección para que se apareciesen por allí en cualquier momento y a cualquier hora, serían bien recibidas. Almudena les contó que ella estaba empezando una relación seria con un chico que había conocido en el trabajo, acababan de empezar a vivir juntos y estaba feliz, con ganas de contárselo a ellos, pero no se atrevía a decirles nada después de tanto tiempo sin hablarse. También los invitó a verse, ella estaba más cerca de Covadonga, apenas unos kilómetros de distancia habían sido suficientes para conseguir ser tan feliz como nunca hubiese imaginado que podría ser. Quedó con Covadonga en verse y en tomar un café, ella se acercaría a Oviedo y estarían juntas un rato. Covadonga estaba feliz, aceptó todas las invitaciones y se despidieron.

Aquella noche Covadonga volvió a escribir, buscó su caja con miles de historias inacabadas e intentó avanzar en alguna, descartó muchas, se avergonzó de varias y una la hizo llorar. Encontró su diario que había empezado siendo muy pequeña. Hablaba de los chicos que le gustaban en el colegio, en el instituto, escribía hechizos que había encontrado en las revistas que leía para que el chico que le traía loca se enamorase de ella. Pero era demasiado guapo, leía en su diario, cómo se iba a fijar en ella. Leyó las discusiones de sus padres, las amenazas, los insultos. Cómo se imaginaba la vida si él estuviese muerto, se asustó al leer aquellas palabras, cómo siendo tan joven podía tener esos pensamientos. Leyó cómo imaginaba una vida feliz con amigas, con salidas, con unos padres que se preocupasen por ellos. Covadonga cerró el diario, su realidad había sido muy distinta de aquellos sueños que escribía. Su madre solo había vivido para su padre

y ellos no llegaban a personajes secundarios. Limpió las lágrimas de su rostro. Miró el diario, lo abrió y empezó a arrancar las hojas y romperlas en trozos muy pequeños donde iba dejando todo lo que había vivido.

Capítulo 2

Bajaba la calle nerviosa como el día anterior. Pero él no estaba en la puerta del bar. Dudó si entrar, la tarde anterior habían quedado, era como si ese día tuvieran una cita. Lo peor que le podía pasar es que él no estuviera, que no se acordara de nada, que se lo dijese a todas las chicas. Se dio varias razones mientras esperaba cerca de la puerta. Concluyó que no eran tan malas, podría sobrellevarlas. Covadonga abrió la puerta y lo vio absorto en una mesa con un montón de papeles y el ordenador, dudó si acercarse a la mesa, ya que no había nadie más. Lo observó unos segundos, era perfecto. Apoyado sobre la mesa rascándose la cabeza, tenía la cabeza rapada, así destacaban más sus ojos verdes, su sonrisa perfecta. Todo en él era perfecto. Covadonga sonrió mientras lo pensaba.

—Hola —salió de su boca, bajito, con miedo. Él levantó la cabeza y sonrió, miró el reloj del bar.

—Hola, se me ha pasado la tarde volando, pero no me he olvidado de tu café. Te estaba esperando para probarlo. —Covadonga sonrió y se quitó el abrigo.

—Déjalo en la silla, estaremos más cómodos sentados allí —le dijo mientras se acercaba a ella y le señalaba la mesa.

—Tienes muchos papeles —le dijo mientras colocaba su abrigo en una silla.

—Sí, es verdad. —Félix la miró a los ojos y durante unos segundos se quedaron allí, solo el ruido de la cafetera los regresó a la tierra—. Ahora los recojo, pero tranquila, no son importantes. —Covadonga se sentó e intentaba averiguar qué eran aquellos papeles en los que estaba tan concentrado. Veía escritos folios, otros apenas con unas líneas y luego dibujos. El ordenador estaba apagado. Covadonga reconoció qué eran esos folios.

—¿Estás escribiendo una novela? —le preguntó Covadonga—. Perdona, quizás es meterme...

—Sí, he empezado hace unos días, necesitaba pensar en otras cosas y esto me está ayudando, no te rías de mí, me da vergüenza decirlo en alto. —Félix colocó los cafés en la mesa y se sentó al lado de Covadonga.

—No me voy a reír, yo también escribo. Bueno, ahora no, pero sí me gustaría escribir novelas más adelante, me ayuda como a ti. Siempre me ha gustado leer aunque es muy difícil ponerse a escribir. He pensado muchas veces en prepararme para ello, pero luego lo he dejado.

—Me gustaría leer algo de lo que hayas escrito —le dijo Félix.

—No lo sé, solo tengo una terminada y no es muy buena, es de hace años.

—Yo te dejo una mía y tú me dejas la tuya, la mía es también de hace muchísimo.

—No sé si después de leerlas podremos volver a mirarnos a la cara. —Se rio Covadonga—. Me da mucha vergüenza, nunca se la he dejado a nadie para que la lea.

—Prometo leerla con cariño y espero que tú también lo hagas, y también prometo volver a mirarte a la cara. —Los dos se rieron.

—Prometo leerla con cariño y no tienes por qué ser sincero, puedes mentir —dijo Covadonga mientras terminaba el café.

—¿Qué tal el café? ¿Cuál te ha gustado más?

—No estoy segura, creo que el de ayer, pero no me hagas mucho caso. ¿Qué tal el día?

—Bien, seguimos vivos. ¿Y el tuyo?

—Normal.

—Somos bastante escuetos —dijo Félix y los dos se rieron. Se quedaron allí sentados mirándose a los ojos. La puerta del bar se abrió y la conversación de una pareja los devolvió a la realidad. Félix se levantó para atenderlos. Y ella se quedó allí, observándolo, no sabía nada de él, apenas habían coincidido unas veces y ya estaba segura de que era el amor de su vida. Covadonga termino el café, se acercó a la barra y se despidió.

—¿Ya te vas? Todavía es pronto.

—Mañana estaré aquí con mi parte del trato —dijo Covadonga sonriendo—. Buenas noches.

—Buenas noches, Covadonga, te espero mañana.

Covadonga llegó feliz a casa. Se descalzó, tiró su bolso y su abrigo encima de un sillón y se puso a buscar en su caja la única novela que tenía terminada. Cogió su portátil que apenas había utilizado desde que lo compró y empezó a pasarla al ordenador. Le quedaba mucho trabajo por delante. Apenas llevaba unas líneas escritas y ya se estaba arrepintiéndole de haber aceptado dejar que la leyera. Aquella noche no durmió, solo pensaba en Félix, en su sonrisa, en la sensación que tenía cuando estaba cerca de él y, sobre todo, pensaba en lo que podía pensar de ella cuando leyera la novela. La novela de una adolescente con muchos sueños.

Capítulo 3

La tarde siguiente Covadonga salió más tarde del trabajo, iba con su novela en el bolso y con muchas ganas de encontrarse con Félix. Se asustó al entrar al bar, estaba lleno, apenas se podía entrar. Se dio cuenta de que era sábado, no supo si seguir adelante o dar marcha atrás y volver otro día. Había demasiada gente para uno de esos momentos mágicos que tenía con Félix. Sintió una mano en la espalda. Se apartó pensando que era alguien que quería pasar. Y lo vio a su lado.

—Pensé que te habías olvidado de mí —le susurró Félix al oído. Covadonga solo acertó a sonreír. Él le cogió la mano para llevarla a un hueco libre en la barra y ella se soltó rápidamente. Covadonga lo miró. Y le susurró un “lo siento”. Félix le ofreció su mano y Covadonga aceptó. Sintió que su corazón se disparaba al sentir la mano de Félix, su calor, su fuerza; estaba loca por él, ya podía confirmarlo.

—Hoy no te pongo café. Tengo una cerveza. ¿Te apetece?

—Sí, vale, un café ahora quedaría raro —respondió Covadonga. Félix se alejó y regresó enseguida con dos cervezas.

—Ahora te traigo lo otro —le dijo sonriendo y desapareció entre la gente. Covadonga se quedó allí mirando a su alrededor. La noche transcurría de forma amena, se sentía muy bien aunque el bar estuviera lleno. A los pocos segundos, se acercó la camarera con la cuenta. Covadonga se quedó cortada, apenas había tomado un pequeño sorbo, pero sacó su monedero ante la mirada de la camarera que no se movía. Félix apareció detrás de ella con un gran sobre.

—Ella está invitada —le dijo, cogió el ticket y lo estrujó en su mano.

—Ya tengo el dinero en la mano, me invitas otro día.

—No tienes que pagar, estás invitada.

—Algún día tendré que hacerlo. —Sonrió Covadonga y veía cómo Félix se había enfadado con la camarera y quería quitarle importancia a aquel suceso.

—Aquí no. —Le puso el sobre encima de la barra—. ¿Tu parte del trato? —Covadonga revolvió en su bolso, sacó un pequeño estuche y de él un pequeño pen.

—Aquí está. —Félix sonrió.

—No se me había ocurrido, así es mucho más cómodo. —Se rio—. Te vas a ir de aquí cargada.

—Bueno, también el mío es más fácil de perder, el tuyo es difícil que lo pierda. —Los dos se rieron. En aquel momento sonó aquella canción que Félix escuchaba todas las noches, que le

recordaba buenos tiempos.

—No me lo puedo creer, esta canción, es increíble, hacía años que no la escuchaba —dijo Covadonga.

—¿La conoces? ¿Te gusta? —le preguntó Félix sorprendido.

—Sí, me encanta. —“No sé distinguir lo complicado de lo simple”, repitió bajito Covadonga a la vez que la canción—. La chispa adecuada.

—Es una de mis preferidas —le respondió Félix.

—Tenemos el mismo gusto, tengo que pasarte algunas canciones de las que escucho ahora, más modernas... —Covadonga se rio.

—¿Me estás llamando antiguo?

—No, esta siempre será un clásico, pero puedes escuchar otras. Lo que llevo escuchando hasta ahora es de hace unos cuantos años, necesitas música nueva. —Los dos se rieron de nuevo en aquel rincón del bar mientras sonaba la canción.

—Me voy —dijo de repente Covadonga. Aquel momento vivido, esa intimidad que se había creado entre ellos la había hecho sentirse incómoda. No sabía qué hacer, cómo seguir. Simplemente no sabía y quería irse de allí. Félix la miró, su rostro había cambiado, su sonrisa había desaparecido. No le insistió.

—Te acompaño a la puerta.

—Bueno, vale, gracias por la cerveza y léelo con cariño —le dijo cuando llegaron a la puerta.

—Lo haré y tú también. —Se miraron en silencio antes de despedirse.

—Buenas noches, Félix.

—Nos vemos el lunes, mañana no abro —acertó a decir mientras seguía perdido en sus ojos.

—Vale, hasta el lunes.

—Buenas noches, Covadonga.

Covadonga caminó notando la mirada de Félix en su espalda. Tenía miedo que se le olvidase caminar y caerse mientras él la miraba. Se sentía idiota tendría que haber actuado de otra forma. Quizás él esperaba algo más de ella, una conversación trascendental, más larga, más risas, algún beso quizá; era tan perfecto que no quería hacer nada que pudiera estropearlo. Se había asustado. Pero necesitaba ir despacio, intentar controlar lo que pasaba. Llegó a casa con la novela entre sus manos. La dejó encima del sofá, se puso cómoda y comenzó a leerla.

Félix, en el bar, repasaba aquella noche, quería descubrir qué había pasado, por qué ella se había ido, por qué su rostro había cambiado en unos pocos segundos. Recordó cuando la cogió de la mano y ella la aparto rápidamente, parecía asustada en ese instante, pero cuando se la volvió a ofrecer ella aceptó y su rostro fue de felicidad, sonreía cuando se la volvió a coger. En aquellas pocas tardes que habían compartido, ella siempre había tenido sus manos escondidas. Las manchas que tenía en su piel la avergonzaban, la hacían sentirse mal, pensaba Félix. Y él solo quería decirle que era perfecta tal y como era, que ella era la única que le había sacado de su tristeza en aquel tiempo, que no tenía que sentir vergüenza de nada, ni miedo a que alguien la

tocara. Covadonga era un ser frágil que tendría que tratar con mucho cuidado, se dijo Félix. Se tocó el bolsillo del pantalón, quería comprobar que allí seguía el pen con la novela de Covadonga, tenía muchas más ganas de leerla que antes.

Capítulo 4

Félix se despertó en aquel sillón que había sido su cama durante los últimos meses. Vio a su hijo con el ordenador.

—No sabía que te gustaba la novela romántica —le dijo nada más verlo despierto y le sonrió.

—Es de una amiga, le dije que la leería. ¿Y tú qué haces leyéndola? A ti sí que no te gusta la novela romántica.

—Me he quedado sin cómics, vi el archivo abierto en el ordenador y empecé a leerlo.

—¿Qué te ha parecido? Tengo que darle una opinión.

—Tendrás que darle la tuya, papá, no la mía. ¿A ti te ha gustado?

—Sí, no está mal, demasiado romántica, me dijo que la había escrito hace muchos años, así que también es juvenil, pero así la he conocido un poco más.

—Sí, demasiado romántica. ¿La conoces desde hace mucho?

—No, unos días solamente.

—¿Y es guapa?

—Oye, qué pregunta es esa. —Beltrán comenzó a reírse.

—Te has puesto rojo, te gusta esa chica, papá. Así que sí es guapa. ¿Va a ser tu novia?

—No digas tonterías, dame el ordenador.

—Le tienes que caer bien para que te deje leer su libro, y no me has respondido —le dijo sonriendo.

—Sí, es guapa, y no va a ser mi novia. Y sí, supongo que le caigo bien para que me dejara leer su libro. —Félix lo miró, se sentía mal, sentía que traicionaba a su hijo, que se había olvidado de él en los ratos que había pasado con ella. Beltrán le sujetó la mano a su padre.

—Está bien que conozcas gente, papá, tener amigas es bueno, no es nada malo, me hace feliz saber que no estás solo. —Félix le acarició la frente.

—¿Qué tal ayer? ¿Cómo fue todo? Cuando llegué estabas dormido.

—Prefiero seguir hablando de tu amiga.

—¿Y qué quieres saber?

—Todo.

—No sé mucho de ella, es una chica que solía ver todas las tardes pasar por enfrente del bar y hace unos días la saludé y luego la invité a un café y nos hemos visto estos días, me vio con unos

papeles encima de la mesa y le conté que escribo, ella también escribe y nos hemos intercambiado las novelas.

—¿Va a leer nuestra novela?

—Sí, me tendrá que dar su opinión el lunes, pero quedamos en leerlas con cariño y que no tenía que ser sincera cuando me diera su opinión.

—Es la primera vez que alguien la lee, no se la hemos dejado ni a mamá, si se entera, se va a enfadar.

—No le diremos nada, mañana traeré una copia para que la lea, pero que lo haga cuando no estemos nosotros delante, no quiero verle las caras que ponga cuando la esté leyendo. Ya sabes cómo es mamá poniendo caras. —Los dos se rieron.

— Sí, es mejor que lo lea cuando esté en casa. ¿Cómo se llama?

—Covadonga.

—Covadonga, hay nombres peores al menos no te llamas Pelayo. —Los dos se rieron.

—Ahora cuéntame qué hiciste ayer. Es tu turno.

Beltrán apenas tenía diez años y llevaba ingresado en el hospital varios meses. Todo había pasado tan rápido que no habían tenido tiempo de asimilarlo. Un día su ex, Manuela, lo llamó y le pidió que fuera a su casa, que tenían que hablar y que no quería hacerlo en el bar como habían hecho siempre. Félix pensaba que algo malo habría pasado en el colegio, que necesitaba que firmara algún papel para llevárselo de viaje, que habían decidido mudarse. Pero cuando llegó a casa de Manuela, vio en su rostro que algo grave estaba pasando. La casa estaba en silencio, algo muy raro allí. Félix se sentó en un sillón mientras Manuela iba a la cocina a preparar algo caliente para tomar. Ella necesitaba tranquilizarse antes de sentarse enfrente de él. Félix pensó que no se había equivocado en sus primeras hipótesis y vino a su mente un posible traslado a otra ciudad o quizás se iba a separar; estaba inquieto. Nunca había visto así a Manuela. Después de su separación, Manuela se había vuelto a casar y había tenido tres hijos más. Tenía lo que siempre había deseado: una gran familia. En su casa solo se oían risas, niños correr y algún llanto de vez en cuando. Félix se levantó del sillón y fue a la cocina en busca de Manuela, no podía soportar más aquella incertidumbre.

—¿Qué pasa manuela? ¿Por qué me has llamado? —Vio cómo Manuela comenzó a llorar.

—Tenemos que hablar de Beltrán. —El mundo de repente se le cayó encima a Félix, se quedó pálido e inmóvil. Manuela lo cogió de la mano y lo acercó a una silla. Félix comenzó a llorar al ver a Manuela. Sabía que lo que iba a suceder no iba a ser bueno. Enseguida recordó la última vez que Manuela le hizo sentarse cogiéndolo de la mano. Sin soltarle la mano, le contó que Beltrán estaba enfermo. Lo había llevado al médico por los continuos dolores de cabeza que tenía, llevaba unos días muy cansado y no le dijo nada para no preocuparlo, pensó que sería una anemia, nada malo, pero se equivocó. Manuela empezó a llorar sin poder parar. “No tiene una solución fácil — le dijo Manuela—, los médicos no me han dado esperanzas”. Aquellas palabras resonaban todavía en su cabeza cada vez que intentaba dormir. Enseguida fue ingresado en el hospital,

empezaron los cuidados, la búsqueda de alternativas para darle más tiempo, pero nada funcionaba. Su vida había cambiado, Félix llegaba de madrugada al hospital y se quedaba por las mañanas hasta que llegaba Manuela o alguno de los abuelos maternos. Ella pasaba las tardes y unas horas de la noche que compartía con su padre mientras su madre se hacía cargo de sus hijos. Lo tenían todo organizado para que Beltrán nunca estuviera solo. Manuela hacía apenas unas semanas que acababa de dar a luz cuando le dieron la noticia de la enfermedad de Beltrán y su mundo se vino abajo, solo la compartió con su marido, Joaquín; vivían juntos, no se lo podía ocultar. Tardó más en contárselo a sus padres y a Félix, tenía miedo de cómo les podía afectar aquella noticia. Sus padres eran muy mayores y desde que Beltrán había llegado al mundo solo vivían para él, aunque sabía que lo negarían delante de sus otros nietos. Ella tomó las riendas de cómo se haría todo, como lo había hecho siempre, estaba acostumbrada a tomar las decisiones importantes. No podía caerse, tenía que pensar solo en sus hijos y en su bienestar, sobre todo en Beltrán, el amor de su vida. Él la había rescatado de tantas maneras que nadie podría imaginar. Era la razón de su vida. Habían sido ellos dos durante muchos años. Él era el que la había animado a salir con su profesor de gimnasia, e insistido en que se conocieran. Aceptó enseguida su relación y la presencia de Joaquín en sus vidas, luego la boda y la llegada de sus hermanos; todo era fácil a su lado.

Manuela era unos años mayor que Félix. Se conocieron durante las fiestas de la ciudad. Él participaba en un concurso de rock y ella estaba allí con unas amigas. Para los dos fue su primer amor. Se acercaron a felicitarlos y fueron inseparables durante aquellos meses y durante los próximos años. Manuela se enamoró de su timidez, de la tristeza que arrastraba, era el típico chico rebelde del instituto y encima era guapo y tocaba en un grupo. Manuela era feliz a su lado y compartían sus sueños, ella quería estudiar bellas artes, aunque había comenzado la carrera de empresariales para hacer felices a sus padres, y él quería triunfar en la música; todo parecía posible a su lado. Félix se fue a vivir con ella al año de su relación. Manuela compartía un piso de estudiantes y no le pusieron problemas a la llegada de Félix. El padre de Félix no aprobaba la relación, él era demasiado joven para irse a vivir con una mujer, tenía que seguir con los estudios, tenía que trabajar. Félix solo pensaba en la vida que le esperaba al lado de Manuela y en las ganas que tenía de perder de vista a su padre, los estudios y aquel bar. Nunca consiguieron llevarse bien; su madre falleció cuando él apenas tenía trece años y su padre se volvió más duro y exigente con él. A los pocos meses, Manuela quedó embarazada y Félix empezó a agobiarse con la idea de ser padre tan joven. De buscar una casa para ellos solos, tener que hacer frente a los gastos, pedirle trabajo a su padre en el bar. En los meses siguientes, recibió una propuesta de una pequeña gira por poblaciones cercanas, no ganarían mucho pero cumplirían su sueño de tocar ante más gente. Félix aceptó con el beneplácito de Manuela. Félix llegó a tiempo para el nacimiento de Beltrán, pero eso no cambió su situación, se sentía agobiado y a las pocas semanas de estar en casa decidió irse otra vez de gira. Le mandaría todo el dinero que ganase durante la gira, le prometió, y volvería por allí cuando tuviese algún día libre. En una de aquellas visitas fue la que le hizo

quedarse ya en la ciudad y dejarse de giras. Manuela fue la encargada de contarle que su padre estaba enfermo, él no había querido contarle nada, pero era el momento de que hablaran y de que supiese qué le pasaba. Le tocaba madurar, le dijo Manuela y en aquel instante Félix se sintió como el día que murió su madre. Aquellas palabras habían sido las mismas que su padre le dijo después de decirle que su madre había muerto. Después de la conversación con Manuela, Félix fue a casa de su padre. Le abrió la puerta y Félix se abrazó a él llorando. Su padre comenzó a llorar al tenerlo entre sus brazos, no recordaba cuándo había sido la última vez que se habían abrazado. Su padre le preparó la cena y aquella noche solo hablaron de buenos recuerdos. Su padre le repetía cómo echaba de menos a su madre todos los días, la recordaba en cada pequeña cosa que hacía, que veía o con algún olor que le sorprendía paseando. A la mañana siguiente, su padre le contó que le quedaba poco tiempo, había rechazado los tratamientos que le ofrecían porque no lo iban a curar y no quería pasar por un dolor innecesario, quería disfrutar del tiempo que le quedaba. Le pidió que se quedara con el bar, había sido su mundo desde siempre le decía y era lo único que podía dejarle para saber que no le faltaría trabajo y que así podría mantener bien a Beltrán. Cuando él muriese lo podría dejar si después de unos meses no se encontraba cómodo en él y hacer lo que él quisiese en la vida. Sacaría un buen dinero con la venta, pero le pedía que la mitad se lo pusiese a Beltrán en una cuenta, quería dejarle el futuro asegurado. Le advirtió de que sus viajes habían hecho que se perdiese una parte muy importante de la vida de Beltrán, los primeros años de su vida.

—Es un niño maravilloso —le decía su padre— y hemos tenido suerte de que Manuela sea su madre, es una mujer muy generosa y siempre me lo lleva al bar o me lo trae aquí cuando estoy más cansado. Disfrútalo, Félix, el tiempo pasa muy rápido y cuando sea un adolescente ya te tocará no verlo. Sé que no he sido el padre que tú hubieses necesitado, pero ahora puedes ser un buen padre, todavía estás a tiempo. Si tu madre me escuchara lo que te voy a decir, me reñiría, Félix, pero no siempre se pueden perseguir nuestros sueños, a veces hay que hacer lo que toca en ese momento. No digo que los abandones, sé que la música es tu pasión, pero aplázalos, cámbialos.

—Tienes razón, si te escuchara mamá, te reñiría, —Félix sonrió tristemente.

—Si persigues tus sueños, lucha por ellos, te decía siempre, lo sé, era parte de su encanto, una soñadora, una luchadora incansable. Ahora existe Beltrán, te has preguntado qué pasará si él sigue sin apenas verte. Cuando Joaquín se convierta en su padre, tendrán más hijos y quizás a Manuela ya no le apetezca venir hasta aquí y tú poco a poco irás desapareciendo de la vida de tu hijo. ¿Es eso lo que quieres? Cuando yo muera estarás solo y no quiero eso para ti. Quiero que conozcas a una mujer, que formes una familia, que Beltrán disfrute de ti, que lo cuides y que lo protejas. Prométeme que al menos lo intentarás.

—Te lo prometo, papá, me quedaré aquí y cuidaré de Beltrán.

—No te arrepentirás, Félix, cuando pases más tiempo con Beltrán te darás cuenta de la suerte que tienes de tenerlo en tu vida, de ser su padre.

—No sé si seré un buen padre, me da miedo fracasar. Cuando estoy con él, se sienta a mi lado,

me mira y siento que lo voy a decepcionar, me pasa desde que lo cogí por primera vez, me da miedo no ser lo que él necesita, quizás ya es tarde para ser un buen padre.

—No lo es y serás un buen padre, Félix, estoy seguro. Un buen camarero no tanto, sé que estar en el mismo trabajo mucho tiempo no es lo tuyo, pero es lo único seguro que hay ahora. —Su padre lo abrazó. Y le volvió a repetir que no se arrepentiría de quedarse allí.

Los años habían pasado tan rápido, recordaba esos momentos como si hubieran ocurrido unas horas antes, casi todas las noches le llegaban a su cabeza. Félix miraba a Beltrán y no podía evitar llorar cuando lo veía dormido en su cama, se alegraba de haber hecho caso a su padre. Estar al lado de Beltrán y verlo crecer era lo mejor que había hecho en la vida.

Capítulo 5

El lunes llegó y Covadonga bajaba la calle con la novela de Félix entre los brazos; había dudado si quedársela o no. Pero pensaba que lo correcto era devolvérsela. Entró en el bar y él le sonrió; ese día le parecía un poco más triste. Covadonga le devolvió la sonrisa y se acercó a la barra.

—¿Qué te ha parecido? No, espera, no me respondas todavía. ¿Qué quieres tomar? —le preguntó Félix.

—No lo sé, algo caliente me vendrá bien pero un café no, que necesito descansar esta noche y hoy parece que llevo el frío instalado en el cuerpo.

—Un chocolate entonces, te va a gustar.

—Me ha gustado mucho tu novela, Félix —le dijo cuando se volvió a acercar.

—Pero...

—Quizás demasiado futurista para mí, muchos alienígenas, guerras, le falta algo de amor. Me dirás qué es lo que le sobra a la mía. —Se rio Covadonga. Félix también se rio, la risa de Covadonga le resultó contagiosa. Le sirvió el chocolate y salió de la barra para sentarse cerca de ella.

—Sí, en la tuya hay demasiado amor y yo no creo mucho en los finales felices. —Él la miró serio esta vez.

—Te confesaré un secreto, yo tampoco, pero escribiéndolos puedes soñar por unos instantes que el mundo es perfecto. Los buenos triunfan y los malos reciben su castigo, algo que no siempre ocurre en el mundo real. —Los dos se miraron en silencio durante unos segundos mágicos para los dos. Covadonga apartó la mirada e intento probar un poco de chocolate—. Está bastante caliente.

—Sí, vas a tener que dejarlo enfriar un rato. Así te quedas más tiempo aquí. —Covadonga se sonrojó.

—Sí, pero tengo ganas de probarlo. Creo que tendremos que hablar de que te empiece a pagar, no vas a estar invitándome siempre, así no vas a hacer negocio. Y ya le caigo mal a tu camarera.

—Siempre vas a estar invitada, me gusta que estés aquí. Y a Ángela todo el mundo le cae mal, no sé muy bien que hace trabajando de camarera. —Covadonga se puso roja al escuchar esas palabras y volvió a mirar al chocolate para darle vueltas con la cucharilla—. Tendré que hacer que vengas con algún incentivo, si no, estaría solo hasta dentro de unas horas y ya sabes: si la gente ve gente dentro, entra, si no se van a otro sitio. —Sonrió Félix, no quería que Covadonga se

sintiera incómoda con su primer comentario.

—Entonces te ha parecido muy romántica.

—Sí, pero me ha gustado, me ha hecho sonreír varias veces. Así que nos ponemos buena nota en nuestras novelas.

—Estoy de acuerdo, además dejar que alguien las lea por primera vez ya nos sube la nota. — Los dos sonrieron—. Podríamos escribir una novela juntos, bueno, quizás, no sé... ¿Qué te parece? No me contestes ahora, piénsatelo. —Covadonga se arrepintió de aquellas palabras al ver que Félix se había sorprendido y seguía en silencio—. Si no te parece bien me lo puedes decir...

—Lo pensaré y te diré algo mañana. ¿Qué tal tu día? No te he preguntado antes. —Hablaron durante un rato donde Félix la escuchaba atentamente y sonreía con las anécdotas que le contaba, quería alargar la conversación, que se quedara a su lado, cuanto más tiempo mejor; ella era su antídoto contra el dolor.

Covadonga salió de allí feliz, disfrutando de aquel tiempo que habían pasado juntos y sintiéndose avergonzada de haberle propuesto a Félix escribir una novela juntos. Lo había puesto en una situación incómoda, si él decía que no quizás la relación se volviese rara. Se mortificaba Covadonga. Aquella noche decidió distraerse escuchando música, quería elegir algunas canciones para enseñarle a Félix. Sería otro tema del que hablar si no volvía a sacar el tema de la novela. Rebuscó entre sus cds, la música de su ordenador y de su mp3, hacía mucho que no lo renovaba, pero quizás él no había escuchado esas canciones. No podían faltar sus favoritos, pondría algo de Andrés Suarez, Diego Ojeda, Marwan, Rafa Pons, algo de La Pegatina para que no fuera tan romántico y buscó la canción de Héroe del Silencio que habían escuchado: *La chispa adecuada*, sabía que lo haría sonreír al escucharla y volvió a escuchar aquellas canciones que la habían acompañado en su juventud. Le envió un WhatsApp a Juan con esa canción que había conocido gracias a él. Juan le contestó enseguida con emoticonos sonrientes y le decía que hacía siglos que no la escuchaba, tenía que ponérsela a Pelayo. Le preguntó cómo se había acordado de ella. Covadonga le contó que la había escuchado en el bar del chico que le gustaba, era la preferida de Félix y se había acordado de él, le había dado buen rollo que le gustase esa canción. Almudena entró al poco tiempo en la conversación: “Es un buen chico si le gusta”, le escribió. Hablaron de la música que escuchaban antes y se avergonzaban de algunos de los grupos que seguían. Covadonga les dijo que les iría de vez en cuando mandando música actual, bueno, de la que ella escuchaba, les decía para que se pusieran al día. “La música nos ha salvado muchas veces —le contestó Juan—, hay canciones que te cambian la vida y que te ayudan a buscar un futuro, buscar lo que ellas te dicen”. Bromearon con él lo trascendental que se había puesto. Y él les dijo que si necesitaba música nueva porque, desde la llegada de Pelayo, solo escuchaba música infantil, no sabía nada de lo que se podía escuchar en ese entonces. Después de aquella conversación, Covadonga se puso a seleccionar canciones y, cuando llegó a las cincuenta, las dejó, ya eran demasiadas para seguir añadiendo, ya tardaría en escuchar todas las que había elegido. Estaba feliz con la selección que había hecho y deseaba que Félix las escuchara.

Capítulo 6

Aquella mañana, cuando Beltrán despertó, Félix le contó lo que Covadonga le había dicho de la novela y la proposición que le había hecho de escribir una juntos. Los dos hablaron si debían dejarla entrar en su proyecto o no. Beltrán pensaba que les ayudaría a que el protagonista pudiese tener novia y un punto de vista de una mujer, así que decidió aceptar. Estaba ilusionándose con el argumento de la novela. Félix se sintió feliz al ver a Beltrán sonriente pidiéndole que se pusieran ya a escribir. Así ya podría enseñarle algo a Covadonga cuando se volviesen a ver.

Por la tarde, Félix esperaba en la puerta del bar a Covadonga, nada más verla, a empezar a bajar la calle, sonrió. Ella tenía ese efecto en él. Cuando ya estaba en la puerta del bar, antes de decir “hola”, Félix le dijo que aceptaba escribir una novela con ella. Covadonga sonrió, sus miedos se habían esfumado, estaba feliz. Félix le sujetó la puerta y entraron.

—Ya lo tengo todo preparado. —Y le señaló una mesa del fondo del bar. Encima de ella estaba su ordenador, folios, unos bolígrafos y unos platos con patatas, frutos secos y aceitunas. Covadonga se quitaba el abrigo mientras caminaba hacia la mesa. Félix se dirigió a la barra—. ¿Qué te apetece beber?

—Algo fresquito —le dijo Covadonga.

—Vale. —Félix sirvió unas cañas.

—Empecemos a escribir nuestra novela.

—Tengo que decirte que mi horario es un poco ajustado, solo puedo a estas horas por las tardes.

—A mí me viene bien. También podemos ir escribiendo por nuestra cuenta si se nos viene alguna idea y luego la ponemos en común, se nos pueden venir ideas en cualquier momento y las vamos apuntando, me tengo que comprar una libreta para llevarla en el bolso.

—Es buena idea, yo tendré una a mano también. —Félix se sentó y empezaron a hablar de qué podría ir la novela. Él lo tenía claro: quería acción y ya tenía una idea—. ¿Qué te parece sobre los juegos de móvil?

—¿Los juegos de móvil?

—Sí, lo que tenía pensado es más o menos que estos juegos se utilizan para seleccionar a la gente, nos espían con ellos y no sé, por ejemplo, seleccionan a los mejores que pueden ser espías dependiendo las puntuaciones que obtengan, la forma de resolver las partidas, la rapidez, estudian

tus gestos a través de las cámaras de los móviles, tus pulsaciones. ¿Qué te parece? —La idea era de Beltrán; su abuelo, en una visita, le había llevado un parchís para que dejara aquellos juegos que acababan con el cerebro y a saber quién los había inventado, había dicho su abuelo.

—Me parece buena idea, aunque creo que luego borraré los juegos del móvil —dijo sonriendo Covadonga—, pero me parece que puede ser un inicio interesante. —Félix respiró aliviado, tuvo miedo de que no le gustase el argumento y tener que contárselo a Beltrán.

—¿Cómo empezamos? —preguntó Félix.

—Primero eligiendo la letra que vamos a utilizar en el ordenador. —Los dos se rieron... pasaron aquellas horas eligiendo el tipo de letra con el que empezarían su novela. Antes de irse, Covadonga se acordó del pen que le había llevado con sus canciones favoritas.

—Esto es para ti —le dijo mientras Félix recogía la mesa.

—¿Qué es? —le preguntó sorprendido.

—Son unas canciones, te dije que te enseñaría música más actual y son estas, ya me dirás si te gustan, quizás algunas son muy románticas, pero bueno ya me contarás y te diré quiénes son.

—Gracias.

—Buenas noches, Félix.

—Buenas noches, Covadonga. —Ella salió del bar, feliz, sonriendo, aquella tarde había sido mágica, nunca habría podido imaginar que una tarde haciendo eso podía ser tan perfecta. Recordaba la sonrisa de Félix, su mirada sorprendida cuando le dio el pen. Solo quería que le gustasen aquellas canciones aunque fuesen demasiado románticas. Había mucho de ella en ellas.

Félix estaba deseando escuchar aquellas canciones que Covadonga había escogido para él. Escuchándolas la conocería un poco más. Se sentía como un adolescente y se reía. Recordaba cuando él le regaló a Manuela un *cassette* con sus canciones favoritas; su padre se negaba a comprarle un cd nuevo y le decía que mientras que tuviese *cassettes* que se apañase, decía que los cds no durarían mucho. Manuela se rio de él cuando lo vio aparecer con su *walkman* para que pudiera escuchar aquellas canciones. Se primer regalo fue un reproductor de cds, le decía que un músico no podía andar en la antigüedad. Félix se reía solo de camino al hospital al recordar la cara de Manuela. Cuando llegó al hospital, Beltrán dormía. Cogió el ordenador y empezó a escuchar algunas de las canciones. A las pocas horas Beltrán se despertó y lo vio sonreír. Félix, al verlo, se quitó los cascos y acudió a su lado.

—¿Qué tal has dormido? Todavía es de noche y puedes dormir un poco más.

—Ya no tengo más sueño, papá. ¿Qué estabas haciendo? Estabas sonriendo.

—Estaba escuchando unas canciones que me ha recomendado Covadonga, me dijo que me tenía que poner al día en música.

—¿Y son bonitas?

—Sí, ¿quieres escuchar alguna?

—Sí. —Félix le puso los cascos a Beltrán y le seleccionó alguna de las que le habían gustado más.

—¿Te han gustado? —le preguntó Félix después de varias canciones.

—Sí, papá, luego me las pones otra vez. ¿Tú también le has dejado canciones?

—No, no sabría qué dejarle, estoy un poco anticuado en música.

—Tus canciones de cuando tenías el grupo, papá, seguro que le gustan, a mamá le gustaban mucho.

—Hacíamos versiones de otros grupos, así que esas canciones ya las conocerá, al menos había una que sí y ya están pasadas.

—Pero no tiene por qué conocerlas todas, le puedes dejar tus favoritas, como ella ha hecho. Mamá dice que si alguien te regala algo tienes que dar las gracias y luego cuando haya una ocasión darle también algún regalo, un detallin, como dice mamá.

—Sí, mamá tiene razón, luego elegiremos unas cuantas, pero me tienes que ayudar, ¿vale?

—Sí.

—Y ya estamos empezando con la novela, le ha gustado mucho tu argumento, hemos estado eligiendo el tipo de letra y luego nos pondremos a ello.

—¿Le has hablado de mí? —le preguntó Beltrán. Félix lo miró.

—Todavía no, hoy le hablaré de ti, no sé por qué no lo he hecho, he actuado mal, Beltrán, lo siento. ¿Estás enfadado? —Félix se sintió la peor persona del mundo, se había olvidado de su hijo en aquellos ratos con Covadonga. Sentía que lo había decepcionado.

—No pasa nada, papá, y tampoco tienes prisa, no tienes por qué hablarle de mí hoy. A lo mejor no quiere seguir escribiendo la novela si le dices que la hace con un niño. —Beltrán quiso salvar a su padre. Él solo quería que conociese gente, personas que luego pudiesen cuidar de él.

—El argumento es tuyo y le ha gustado mucho, no creo que le importe escribir con un niño, todas las buenas ideas son tuyas.

—A lo mejor le ha gustado porque cree que es tuyo y tú le gustas. —Félix se sonrojó.

—Anda, déjate de tonterías, vamos a seguir escuchando música.

Después de aquella conversación, Félix pensó que debía contarle a Covadonga que tenía un hijo, que estaba enfermo y que él era el que le ayudaba a escribir la novela. Que toda la idea había partido de él. Félix sospechaba que Beltrán había tenido la idea de escribir una novela para tenerlo entretenido. Cuando estaban juntos Beltrán siempre le insistía en que volviese a escribir y algunas veces le había puesto deberes. Así se aseguraba de que no estuviera preocupado todo el día y mirándolo angustiado cuando estaba allí. Lo miraba en la cama hablando con la enfermera, siempre había sido muy maduro para su edad, preocupándose de todos. Diciéndoles que fueran a tomar un café, que salieran a pasear, preguntándoles qué habían comido, le recordaba a su padre siempre preguntándole por la comida. Félix salió unos minutos de la habitación, necesitaba llorar.

Aquella tarde se dirigió al bar con ganas de ver a Covadonga. Estaba detrás de la barra con ganas de empujar las manecillas del reloj para que ella llegara, solo ella le quitaba durante unas

horas esa angustia que sentía, el corazón encogido. La vio entrar sonriendo y él sonrió. Ya estaba allí. Covadonga lo saludó y fue a su mesa con una carpeta. Había estado por la noche pensando en los personajes de la novela. Félix se acercó enseguida con algo para picar y se sentó a su lado para encender el ordenador. Se fue a por algo de beber y volvió con una libreta y un bolígrafo que le había comprado a Covadonga. Ella se sorprendió.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—Es un detalle, la vi en la librería de la que venía y me acorde de ti y también me cogí una para mí, así si se nos viene una idea ya tenemos dónde apuntarla.

—Me gusta mucho, Félix, muchas gracias.

Félix volvió a la barra para acercar las cañas, se sentó a su lado y se pusieron a hablar de la historia. El tiempo les paso volando y el bar se fue llenando de gente sin que se dieran cuenta. Solo la camarera les recordaba que ya se había acabado su tiempo, interrumpiéndolos constantemente y haciéndole preguntas a Félix. Covadonga se empezó a sentir incómoda. Le dijo a Félix que ya era tarde y empezó a recoger.

—Ya he escuchado las canciones, me gustan mucho y ya tengo mis preferidas.

—Me alegro mucho de que te hayan gustado, si algún día dan algún concierto por aquí podemos ir, yo te invito. —Félix se quedó en silencio unos segundos mirándola. Al verlo, Covadonga pensó que había metido la pata—. Eso si vienen, es difícil que aparezcan por aquí. —Él podía pensar que le estaba pidiendo una cita y por eso se había quedado callado.

—¿Por qué es difícil que vengan?

—Ya sabes, los problemas que hay para la música en directo aquí y la gente que escucho no es muy conocida...

—La verdad es que no sé qué problemas, te pareceré idiota, pero tengo que mirarlo, no me relaciono mucho con otros bares y tampoco me ha dado por hacer conciertos. Pero quizás pueda traer a alguno aquí.

—Estaría bien, me quedaría cerca de casa. —Covadonga se colgó el bolso y se despidió de él.

—Mañana más. Buenas noches, Félix.

—Buenas noches, Covadonga. —Félix vio cómo desaparecía por la puerta. Tenía miedo de que ella se hubiese sentido incómoda por su silencio. A lo mejor no le creyó cuando le dijo que no sabía nada, pero que miraría para dar el concierto en su bar, quizás Covadonga podría pensar que no quería salir con ella. Hasta ese momento no se había planteado hacia dónde podría ir esa relación o si tendrían una relación, si ella querría más. Él estaba muy bien así y no quería salir del bar, aquel era su lugar seguro, si alguien se lo hubiera dicho hace unos años no le hubiese creído. Ni siquiera pasaba por su casa, siempre tenía ropa en su despacho y la mayoría de las veces se duchaba en el hospital mientras Beltrán dormía. Había tenido la suerte, dentro de la desgracia, que la gente del hospital era muy maja y le hacían la estancia muy agradable allí.

Covadonga se sentía rara, estaba muy cómoda con él y pensaba en él durante todo el día y toda la noche. Trabajaba en la novela para impresionarlo, ya tenía definidos los personajes, aunque

todavía no se lo había dicho para estar más tiempo junto a él pensando en ellos. Pero la forma de actuar de Félix la había hecho sentirse incómoda cuando ella le propuso ir a un concierto. A lo mejor iba demasiado rápido. O él no la veía como para tener una relación amorosa, solo veía en ella a una amiga. Sabía que a la noche se la pasaría dándole vueltas a la cabeza sobre lo que acababa de vivir. Pero también se sentía feliz al ver la libreta y el bolígrafo que le había comprado, había pensado en ella y eso le hacía sentir mariposas en el estómago. En ese instante supo cómo era esa sensación.

Capítulo 7

Aquella tarde les tocaba profundizar en los personajes principales. Pensar en las motivaciones, en cómo habían sido sus vidas hasta ese momento. Covadonga quería que la protagonista tuviera problemas con sus padres, eso la llevaría a aceptar meterse en ese grupo de espías sin pensarlo. Félix no lo tenía muy claro y así se lo dijo:

—No lo veo muy claro, Covadonga, porque tener problemas con sus padres le va a hacer meterse en un grupo de espías, de por sí ya parece interesante que te recluten para ello y haremos que tengan un muy buen sueldo, así que eso sería definitivo para convencerla.

—Así tendrá más profundidad y luego lo podremos utilizar a lo largo de la novela, eso marcará su personalidad, su forma de actuar, sus miedos. No pueden tener una vida perfecta en la que todo les va bien, eso no siempre ocurre, debe ser un porcentaje mínimo de la población a la que todo le va bien. —Félix la miró serio.

—¿Eres del porcentaje a la que la vida le ha tratado mal? —Covadonga bajó la mirada unos segundos. Ella sola se había metido en aquel lío.

—Sí, no he tenido una infancia ni una juventud feliz.

—Lo siento, yo...

—No pasa nada, supongo que cuando uno escribe siempre pone de su vida real aunque sea sobre alienígenas. —Los dos sonrieron.

—¿Qué te pasó? No, no, olvídale me estoy metiendo demasiado. —Covadonga estuvo unos segundos en silencio, nunca había hablado de ese tema con nadie. Incluso en su familia no se hablaba de ello. Quizás porque nunca les había servido de nada hablarlo.

—Un padre que nunca fue padre, un mal padre, mejor dicho, estaba demasiado ocupado viviendo su vida. Mis hermanos y yo nos pasamos la infancia solos en casa, esperando que volviera. Mi madre iba detrás de él y cuando ella estaba con nosotros era porque él estaba con otra y no quería saber nada de ella. Y cuando él regresaba era porque todo le había ido mal y volvía arruinado y todo eran gritos, discusiones... no fue fácil. Pero bueno, seguimos vivos y miramos hacia delante.

—Lo siento, Covadonga, no quería que recordaras momentos tan terribles, tuviste que sentirte muy sola.

—Tenía a mis hermanos, pero de todas formas sí, nos sentíamos solos en todo lo que implica la

palabra. Cuando eres una niña y no entiendes nada, te sientes muy sola. Hay padres que nunca deberían serlo. Los hijos tienen que estar por encima de todo. Si decides tenerlos es para cuidarlos y protegerlos. De ti depende que en el futuro sean personas estables, seguras, felices. No entiendo cómo pueden abandonar así a los hijos. —Félix estaba callado escuchando aquellas palabras que sentía que lo alejaban un poco de ella. “Demasiado ocupado viviendo su vida”. Eso podría pensar de él cuando le contase los primeros años de Beltrán. La imagen que ella pudiese tener de él se desmoronaría al enterarse de que él lo abandonó por seguir un sueño absurdo. En ese momento tuvo miedo de hablarle de Beltrán, sobre todo de él como padre.

—¿Estás bien? —le preguntó Covadonga—. Te has puesto serio.

—Sí, te estaba escuchando. Yo no sé qué decirte, Covadonga.

—Qué te parece si dejo de contarte mis penas y cada uno coge unos personajes y los describe a su gusto. Yo los personajes femeninos y tú los masculinos y ya luego los vamos poniendo en común según vayamos escribiendo la novela.

—Me parece bien, será más divertido ir sorprendiéndonos con las reacciones de ellos. Creo que puede estar bien.

—¿Cuántos personajes tenemos? —preguntó Covadonga. Cogió un folio y empezó a enumerar los personajes que en principio necesitarían. Entre los dos hablaban de si necesitarían más o si eran demasiado. En una hora tenían aquella lista hecha y los personajes repartidos. Como cada tarde el tiempo se había pasado rápidamente. Y el bar ya estaba lleno. Covadonga se despidió y se fue. Tenía que ponerse a trabajar en los personajes femeninos.

En casa pensaba en lo que había hablado con Félix. Se sentía vulnerable. Era la primera vez que hablaba de eso con alguien. En su casa siempre les habían inculcado y repetido que no hablasen con nadie de su vida. Su frase típica era “a nadie le importa tu vida”, y la remataban con un “la gente es muy cotilla y no tienes por qué contar lo que te pasa porque solo lo quieren saber para hacerte daño”. Covadonga había interiorizado esa frase tanto que le costaba hablar, esa frase la había llevado a creerse que su vida no le importaba a nadie y que solo aburría a la gente si se la contaba. Aquella frase que sus padres habían utilizado para protegerse ellos la fue hundiendo poco a poco en la soledad. Mientras cenaba Covadonga miraba el móvil pensando en sus hermanos. Lo cogió y envió un WhatsApp en el que les contaba que era la primera vez que había exteriorizado lo que habían vivido en casa, solo un pequeño atisbo de aquel infierno, pero se sentía rara, no sabía si había estado bien, dudaba. A los pocos segundos le contestaron. Su hermana le dijo que no había hecho nada malo. Que entendía que era difícil hablar de eso, pero que no tenía que ocultar lo que había vivido, eso era parte de su vida y algo que la había marcado. Su hermano le respondió lo mismo, él entendía la sensación que sentía, le había ocurrido lo mismo cuando empezó a hablar de ello con su pareja. Se sentía culpable de lo vivido, de los gritos recibidos. Tenía mucho miedo de ser mal padre, de fallarle a ella y a su hijo y cada día todavía luchaba con esos miedos. Pero lo único que tenía que tener claro es que ella no era culpable de nada y no tenía que avergonzarse de nada, ella era una superviviente. Covadonga lloró al leer los

mensajes de su hermano y les dijo que los quería y que nunca les había dado las gracias por estar en su vida y cuidar de ella. Se despidieron con “te quiero” y con ganas de verse pronto. Covadonga apartó el móvil y empezó a definir su personaje femenino, quería que fuese una mujer fuerte que saliera adelante pese a sus dificultades. Pensó cómo se enamoraría de él, quería que fuese un amor a primera vista. Nada más entrar en aquella especie de academia donde reclutaban a los espías, los dos se mirarían y se enamorarían. No dejaba de ver a Félix, no podía evitar verlo como el protagonista de su novela. Lo veía dentro de aquella clase, de pie, viendo cómo entraban los futuros alumnos. Camisa blanca, sin chaqueta con papeles entre las manos, serio. “Es tan guapo”, decía Covadonga y se reía. “¿Qué sentirá por mí?”, se preguntaba. “Algo sentirá, algo lo llevó a hablarme, a querer escribir la novela conmigo”. Sonreía pensando en él, en su mirada en sus manos sobre el ordenador, observando la pantalla a ratos serio, a ratos sonriendo. Se preguntaba si ella estaba enamorada o solo se sentía atraída porque era el primer hombre que la hacía sentir especial, que se preocupaba por ella. Cómo estar segura de si era amor si nunca lo había sentido. Se reía sola al recordarse que tenía que tener cuidado al escribir la novela y que no se les escapasen sus nombres reales. Tenía que tener cuidado con no poner que Covadonga se enamoraba del protagonista. O que Félix se enamoraba de Covadonga.

Por la mañana Félix le contaba a Beltrán los avances de su novela, tenían que trabajar en el personaje masculino, ese era el acuerdo al que había llegado con Covadonga. Beltrán estaba feliz de ver a su padre tan emocionado. Hablaron sobre el personaje masculino, Jacobo, les gustaba a los dos como nombre. Jacobo dedicaba su vida a la organización, no tenía hijos, ni primos, ni parientes cercanos, era hijo único. Sus padres lo habían tenido de muy mayores y ya habían fallecido y aquella organización era su familia. Félix se sorprendió al escuchar a aquel personaje que Beltrán tenía en mente, lo estaba describiendo a él. Félix solo tenía a Beltrán y él era su vida. Beltrán siguió contándole que Jacobo era muy exigente y no confiaba en la forma de seleccionar a los integrantes por medio de un juego de móvil. Aun no confiaba mucho en los nuevos técnicos que habían aplicado ese proceso de selección. Pero no le había quedado otra que acatar esa decisión. Sabía todo tipo de artes marciales, boxeo, hablaba varios idiomas y solo viajaba por trabajo. Vivía en la misma casa desde pequeño y era amable con sus vecinos, nadie sospechaba a qué se dedicaba. Siempre les contaba que era un funcionario y cuando los había podido ayudar lo había hecho. Beltrán se quedó en silencio repasando su personaje.

—Creo que nos ha quedado un personaje muy guay, papá.

—Sí, yo también lo creo. Ahora tendremos que trabajar para pensar en un malo. Pero primero descansa un rato y luego seguimos. —Beltrán se recostó a regañadientes. Félix le acariciaba la cabeza. Pensando en que su hijo quizás lo veía como ese personaje que le acababa de describir. Un hombre solo, buena persona, pero solo en el mundo. Se sintió muy triste de que Beltrán lo pudiese ver así. A las pocas horas Beltrán se despertó, ya tenía muy claro quién sería el malo. Le

dijo a su padre:

—Uno de los jefes de la organización es el malo, les hará la vida imposible desde dentro porque odia a Jacobo.

—¿Y por qué lo odia?

—Porque le recuerda a su hijo fallecido. —Félix lo miraba atentamente, las palabras de Beltrán le habían dado un vuelco al corazón—. Ellos hicieron una misión juntos y solo regresó Jacobo, el hijo del jefe falleció en la misión y por eso odia a Jacobo, aunque finge llevarse bien.

—No lo sé.

—Sí, papá, piénsalo, sería un súper malo, seguro que a ella le gustará.

—Vale, se lo contaré a ver qué le parece. Te quiero, Beltrán. ¿Lo sabes?

—Sí, papá, lo sé, yo también te quiero.

—Te quiero más que a nada en el mundo y hay veces que no te lo he dicho, tantas veces me he quedado callado, te he fallado. —Félix lo abrazó.

—Papá, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sigamos con la novela. —Félix se separó de él y comenzó a escribir todo lo que Beltrán le había ido diciendo. A las pocas horas llegó Manuela, se encontró a Beltrán dormido y a Félix sentado en el sillón mirándolo.

—¿Todo bien? —le preguntó susurrando.

—Sí, estaba cansado y se ha quedado dormido. ¿Te importa que me quede unas horas más?

—Puedes quedarte todo lo que quieras. ¿Estás bien?

—Sí, solo quiero estar un rato más.

Capítulo 8

Covadonga llegaba con muchas ganas de contarle a Félix lo que había escrito, pero se encontró con el bar cerrado. Se sorprendió. Félix no le había dicho nada la tarde anterior y se preocupó, quizás le había sucedido algo y ella no tenía forma de saberlo. No tenía su número de teléfono ni sabía nada de él. Esperó unos minutos, y después unos minutos más que se convirtieron en unas horas. No quería irse de allí.

—Lo siento. ¿Llevas mucho esperando? —Escuchó en su espalda.

—Sí, un rato, no sabía si vendrías.

—Se me ha pasado la hora —decía mientras abría la puerta. Los dos entraron. Covadonga caminó hasta su mesa y Félix volvía a cerrar la puerta. Acababa de decidir que aquella tarde no abrirían al público. Les mandó un WhatsApp a sus camareros, no tenían que ir a trabajar. Cerró unas cortinas y así no se veía la luz desde fuera, nadie los molestaría.

—¿Hoy no abres? —le preguntó Covadonga acercándose a él, se sintió inquieta cuando vio que corría las cortinas.

—No, te compensaré el tiempo que te he hecho perder, escribiremos hasta que nos apetezca sin interrupciones. ¿Cerveza?

—Sí —le respondió ella. Sus sentimientos eran mezcla de alegría por estar solos y de inquietud por esa misma sensación. Covadonga volvió a la mesa. Lo observaba cómo preparaba algo de picar. Parecía distinto. Le acercó la bandeja y después se fue en busca del ordenador que llevaba en su mochila.

—Ya podemos empezar. Tengo escrito el personaje masculino y a uno de los malos. Mira. — Félix le acercó el ordenador. Covadonga leía las descripciones de los personajes mientras Félix observaba cómo se apartaba el mechón de pelo que le caía sobre el rostro y no podía dejar de pensar en que fuera él quien le apartara suavemente ese mechón, rozar su rostro, sus labios. Covadonga lo miró sonriente.

—Me gusta mucho. —Covadonga le acercó unos folios—. Este es el femenino, su nombre es Sira. Todas las inquietudes que había sentido al principio iban desapareciendo según pasaban las horas. No habían parado de escribir, de hablar, de reír; todo era perfecto. Se miraban en silencio y ella estaba segura de que lo que sentía por él era amor y que él también sentía algo por ella. En aquellos segundos en silencio mirándose Félix se levantó.

—Falta algo, voy a poner algo de música, tengo la que me diste por algún lado, eso nos ayudará a escribir.

—Vale —acertó a susurrar Covadonga. Enseguida comenzó a sonar una de sus canciones preferidas. Se quedó en silencio escuchándola, soñando despierta con el primer beso de Félix, aquel sería un momento ideal. Lo miraba, él estaba en la barra sirviendo otras cañas. Se acercó con ellas y recogió los vasos vacíos.

—Esta canción me gusta mucho —le dijo con una voz que a ella le parecía más suave que de costumbre. Covadonga solo pudo asentir y sonreír. Él dejó la bandeja en la barra y volvió a la mesa— ¿Dónde nos habíamos quedado?

—Estábamos pensando en la primera misión —respondió ella.

—La primera misión. ¡Qué complicado!, puede ser algo fácil para elegir a los mejores o algo muy complicado porque los ha pillado de improviso. ¿Cuál de las dos prefieres?

—Algo complicado, lo fácil para ponerlos a prueba está muy visto. Pero de repente que haya una gran amenaza, eso es más sorprendente, ¿no? Incluso la muerte de alguno de los personajes secundarios con el que ella se haya llevado bien, eso la dejará mal y Jacobo se acercará más a ella. —Covadonga escuchó aquella canción que siempre le había encantado, lo miró y él la miró durante unos segundos, fue el momento perfecto para aquel beso que no sucedió. Covadonga se sintió incómoda—. Ufff, ya es muy tarde, lo dejamos para otro día, creo que ya no pienso con claridad.

—Vale, pero espera, te puedo preparar algo de cena, solo te he puesto algo de picar y se me ha pasado ofrecerte algo de cenar. ¿Un sándwich? ¿Una ensalada? O unas patatas fritas, lo que quieras. Así no tienes que hacerte la cena a estas horas.

—Un sándwich con patatas fritas estaría muy bien. —Félix sonrió al escucharla.

—Marchando, recoge la mesa y enseguida lo traigo. —Covadonga guardó los papeles, apartó el ordenador de Félix y paseó por el bar. No había mucho que ver, apenas había decoración para poder preguntarle por ella.

—¿Llevas mucho con el bar? —le preguntó acercándose a la cocina.

—Sí, unos años, no es el sueño de mi vida, más bien lo odio, pero es lo que tenía a mano, lo que surgió y lo acepté. ¿Y tú llevas mucho de dependienta?

—No mucho, es lo que tenía a mano, como dices, y acepté, aunque yo no lo odio todos los días, solo de vez en cuando.

—Quizás pronto podamos vivir de nuestras novelas —le dijo Félix.

—Creo que eso es muy difícil, como en todas las profesiones hay mucha competencia, se necesita ser muy bueno o tener mucha suerte y por ahora no tengo ninguna de las dos cosas.

—Bueno, pero esta noche podemos soñar que sí. ¿Qué harías si de repente fuera un éxito y nos hiciéramos ricos?

—No lo sé.

—Algún sueño tendrás.

—Sí el dinero me ayudaría. —Covadonga se quedó en silencio, cómo iba a decirle que su sueño era él, una vida a su lado. En tan poco tiempo él se había convertido en una persona muy importante en su vida—. Me haría la vida más tranquila supongo, pero no sé, ahora mismo no sabría decirte algún sueño. ¿Y tú qué harías? —Félix se quedó en silencio pensaba lo mismo que ella; el dinero no le ayudaría con el único sueño que tenía.

—Dejaría el bar, coge esto y vamos a la mesa. Se sentaron a la mesa y comenzaron a cenar. Me gusta mucho la protagonista —le dijo—. Es una mujer fuerte que ha superado muchas cosas, como tú. Eres una mujer fuerte —concluyo Félix.

—No me considero así, creo que he sido muy cobarde, que tendría que haber hecho las cosas de otra manera, las he hecho muy tarde.

—Qué más da lo que hayas tardado, lo has hecho y cada día luchas, eso es muy importante.

—Gracias —le respondió suavemente. Aquellas palabras de Félix le habían llegado al corazón. Era muy bonito lo que pensaba de ella.

—No me tienes que dar las gracias, es la verdad y tú tienes que ver lo maravillosa que eres —le dijo mientras ponía su mano encima de la de ella. Covadonga aguantó unos segundos mirándolo a los ojos y después la apartó. No sabía si estaba preparada para lo que pudiese pasar esa noche.

—Conciertos —soltó de repente Covadonga.

—¿Conciertos? —le preguntó Félix.

—Sí, si tuviera dinero iría a conciertos de mis cantantes favoritos, viajaría para verlos, conocer sitios nuevos, sería algo nuevo, viajar sola.

—No tienes que viajar, por ahora los puedo traer aquí hasta que nuestra novela sea un éxito.

—No te creo.

—Sí, a quién quieres que te traiga, bueno, si no es muy difícil.

—No sé.

—Será una sorpresa, buscaré a alguien que quiera venir. Ya verás. ¿Te gusta el sándwich?, no te he preguntado antes.

—Estaba buenísimo. Y ahora sí que es momento de irme, ya es muy tarde.

—Espera, cierra y te acompaño. No voy a dejar que vayas sola.

—No queda lejos, no quiero molestarte.

—No me molestas, esto ya lo recojo mañana, te acompaño y me voy a dormir. —Covadonga caminaba nerviosa sintiéndolo a su lado. Se alegraba de vivir cerca y a la vez se quejaba, aquel paseo duraría muy poco.

—Aquí es.

—Ya he cumplido con mi misión de hoy, aunque el paseo ha sido muy corto. He pasado una noche muy agradable Covadonga, no sé si queda raro que te dé las gracias, pero te las doy. Gracias por esta noche y buenas noches.

—Buenas noches, Félix. —Covadonga entró en el portal, desilusionada por no haber recibido algo más en aquella despedida. Un simple beso en la mejilla habría sido suficiente para ella. Pero

no quería darle más vueltas a eso, solo quería pensar en aquella noche que acababa de vivir; había sido inolvidable.

Félix caminaba hacia el hospital pensando en Covadonga, en la noche perfecta que acababa de vivir, hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Sentía que ese momento en el portal había sido especial, prefirió no besarla para no asustarla, ya la iba conociendo y sabía que tenía que ir poco a poco.

Llegó al hospital y Beltrán estaba dormido. Se despidió de la abuela de Beltrán y se quedó allí sentado mirándolo. Soñando con Beltrán sano, jugando en la playa donde pasaban los veranos y a su lado Covadonga. Beltrán se despertó y sonrió al verlo.

—Ya estás aquí, papá.

—Hola. ¿Qué tal la tarde?

—Bien. ¿Y la novela?

—Bien, sabes estaba recordando el primer verano que pasamos juntos en la playa. ¿Te acuerdas?

—Sí, fueron mis mejores vacaciones.

—Sí, eso me dijiste cuando te dejé con mamá porque habíamos estado los dos solos, me gustaría que volviésemos en cuanto te recuperes.

—Sí, me gustaría, pero háblame de la novela.

—Estuvimos hablando de la primera misión, decidimos que la primera misión fuera algo inesperado. ¿Qué te parece?

—Sí, me gusta. Pueden estar en peligro, ella puede estar en peligro, pero lo resuelve y él está orgulloso de ella.

—¿Estás cansado? Descansa un rato y luego seguimos. —Félix notó cómo le costaba hablar.

—Sí, un poco. Vete pensando en la misión.

—Vale, pero descansa, seguiremos en un rato. —Félix lo ayudó a recostarse y lo tapó. Se quedó allí mirándolo, acariciándole la cabeza. Félix se negaba a ver que Beltrán cada día estaba peor.

Capítulo 9

Al día siguiente Beltrán hablaba con su madre sobre su padre, parecía algo más feliz desde que había conocido a una chica, le decía. Beltrán le confesó a su madre que él había estado rezando para pedirle una novia a su papá para que no estuviera solo cuando él ya no estuviera. Manuela sintió que su corazón se encogió y todo su cuerpo se erizó al escuchar esas palabras, le preguntó más sobre eso, no quería que Beltrán tuviera esos pensamientos. Beltrán le contó que una noche escuchó a las enfermeras hablar sobre su padre. Decían qué sería de él cuándo Beltrán ya no estuviese. Se dio cuenta de que su padre no tenía a nadie más, solo lo tenía a él para cuidarlo, él era quien se preocupaba de si había cenado o si había desayunado, por eso había rezado para que apareciera otra persona en su vida, quizás esa chica había aparecido en el momento adecuado, así si tuviese una novia y más hijos, no sería tan triste que él no estuviera y ella cuidaría de él y se ocuparía de que comiese, de que no estuviera triste. Se sentía muy triste al pensar en su papá solo. El abuelo le había dicho que tenía que ser bueno con papá y cuidarlo porque solo lo tenía a él y ellos dos tenían que cuidarse y ser pacientes el uno con el otro. Beltrán se quedó en silencio, echaba de menos al abuelo. Manuela lo acercó a su pecho rodeándolo con los brazos. No quería que la viese llorar.

—Tú tienes que ponerte bien, no puedes pensar en esas cosas, solo tienes que pensar en curarte...

—Mamá —la interrumpió Beltrán, se separó de ella y la miró—, no llores, si lloras tú, yo también lloro. No quiero que estés triste.

—Lo siento, mi amor, ya no lloro más.

—Yo...

—¿Qué, mi amor?

—Quiero que cuides de papá cuando yo no esté, no quiero que lo dejes solo, por si acaso no funciona lo de esa chica, va a necesitar a alguien, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, cuidaré de papá.

—Y háblale a mis hermanos de mí, diles que los quiero mucho, que no se olviden de mí. También diles que los dejo jugar con mis juguetes, pero que tengan cuidado con los comics. Álvaro es un manazas y siempre tiene las manos sucias, no quiero que los estropee, muchos me los compró el abuelo Evaristo.

—Nadie se va a olvidar de ti. —Lo volvió a abrazar—. No quiero hablar más de eso, Beltrán, cambiemos de tema. Háblame sobre la chica que ha conocido papá. Qué te ha contado de ella. — Beltrán empezó a contarle a su madre todo lo que Félix le había contado de Covadonga y sobre la novela que estaban escribiendo.

Félix llegó a abrir el bar, cansado, apenas había dormido, se hizo un café e intentó repasar las cuentas del bar. Enseguida se cansó y decidió ponerse música. Pensó en hacer un concierto para Covadonga. Buscar a alguien que quisiese actuar en su bar. Buscó nombres y dio con uno que estaba dispuesto. En unas horas había preparado un concierto para sorprenderla. Aquella tarde Covadonga se retrasaba en su llegada al bar y Félix se inquietaba, ya había salido varias veces a fumar para disimular. Los camareros ya habían llegado y el bar empezaba a llenarse. Covadonga bajaba la calle y vio gente que ya hablaba fuera del bar. Mientras caminaba, pensaba si entrar o pasar de largo. Félix ya estaría ocupado y no tendrían tiempo de trabajar en la novela. Pero también quedaría mal si pasaba de largo sin una explicación. Decidió que lo mejor era entrar, sobre todo porque quería verlo como cada tarde. Al final de la barra vio a Félix hablando con unas chicas. Se sintió inferior, no lo pudo evitar, vio a aquellas chicas perfectas, riéndose con él y ella apenas había tenido tiempo de peinarse y echarse un poco de colonia. Dudó en acercarse.

—Muévete, no te quedes ahí. —Escuchó detrás de ella. Aquella voz tan desagradable era la de Ángela, la camarera.

—Perdón —acertó a decir Covadonga y su cara comenzó a ponerse roja, estaba a tiempo de irse, él todavía no se había dado cuenta de su presencia. Miró a la camarera que la observaba de reojo, no podía irse sin acercarse a Félix. Ella se lo diría. Covadonga respiró hondo y caminó hasta Félix. Él levantó la cabeza, la vio y sonrió. Enseguida le señaló un sitio cerca de él para que se pusiera.

—Me tenías preocupado. ¿Qué te ha pasado?

—He salido un poco más tarde y luego he ido a tomar algo con unas compañeras, me tenían una sorpresa.

—¿Es tu cumpleaños?

—No, hago un año trabajando. Cuando empecé pensé que no llegaría a la semana y ellas me han ayudado mucho, he tenido mucha suerte. Me han regalado unas cosas para la casa.

—Hay que celebrarlo, siéntate. —Félix se fue en busca de algo especial para celebrar ese momento. Covadonga se sentó feliz en el taburete. Las chicas que hablaban con Félix la felicitaron. Tenía mucha suerte de tener buenas compañeras; era difícil encontrarlas. Covadonga les hablo de dónde trabajaba y ellas le contaron que conocían a la dueña y que era una mujer muy agradable, todas las que habían trabajado con ella siempre habían hablado bien de ella.

—Y también tienes suerte con el camarero —le dijo una de ellas.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—Que le ha cambiado la cara al verte, si no sois pareja lo seréis pronto. —Se rieron las chicas—. Hazme caso, sé de lo que hablo. —Covadonga volvió a sentir cómo su cara se ponía roja.

Félix volvió con unas copas de cava y la chica cambió de tema y volvió al de la tienda. Covadonga no podía mirarlo, sentía que se volvía a sonrojar con más fuerza al tenerlo tan cerca.

—Hace mucho calor —le dijo la chica sonriendo para ayudarla.

—Sí, la verdad es que sí. —Todas sonrieron y brindaron por la buena gente que hacía la vida fácil. Después de unas horas, Covadonga decidió irse. Félix la acompañó a la puerta.

—Tengo que contarte algo, iba a esperar, pero no puedo.

—Dime, espero que sea algo bueno.

—Voy a dar un concierto de Diego Ojeda. El próximo viernes.

—¿De verdad?

—Sí, es un chico muy agradable y aceptó enseguida, me he informado sobre los conciertos en directo y por ahora puedo hacerlo, estoy muy contento, así que eres mi invitada especial, no puedes faltar. Te pondré un sitio reservado.

—Aquí estaré. Buenas noches, Félix. —Covadonga se acercó a él y le dio un tímido beso en la mejilla.

—Buenas noches, Covadonga. —Félix observó cómo se alejaba y se tocó suavemente el rostro. Sonrió y volvió al trabajo. Covadonga volvió a casa pensando en el tacto de su rostro, en su olor; se sentía feliz, aquella noche había roto muchas barreras.

Capítulo 10

La noche del concierto había llegado. Covadonga había llegado muy temprano al bar. Había pedido salir unas horas antes, quería arreglarse para esa noche, que todo fuera especial. Félix se sorprendió al verla tan pronto, apenas acababa de abrir el bar.

—Estás muy guapa —le dijo nada más verla—. Sí que te gusta Diego, me voy a poner celoso —le dijo sonriendo, y Covadonga se alegró de ir maquillada, así no vería su cara arder.

—Gracias, pero he venido demasiado pronto, hoy salimos antes y no me había dado cuenta de la hora —le dijo esperando que se creyera su pequeña mentira.

—Mejor, así estas más tiempo aquí, podemos repasar lo que llevábamos escrito. —Covadonga caminó hasta su mesa y fue sacando sus papeles para empezar a escribir. No podía dejar de sonreír al recordar la cara de Félix al verla entrar y sus palabras. “Me voy a poner celoso”. Se sentía feliz, tenía que contarles a sus compañeras que habían acertado con la ropa que le habían elegido, se sentía perfecta. Los camareros llegaron un poco antes de su horario. Félix se los había pedido para que repasasen todo lo que podía hacer falta y lo tuviesen a mano. Félix la miraba desde la barra, aquella tarde la veía especialmente guapa, había entrado en el bar con la seguridad que le había faltado los días anteriores. Miraba cómo repasaba las notas de su libreta mientras mordisqueaba su bolígrafo. Gustavo le volvió a traer a la tierra preguntándole dónde colocarían el sonido. Félix enseguida resolvió su duda, ya había hecho un pequeño dibujo con la colocación de todo. Era la primera vez que organizaba algo así y quería que todo saliese perfecto y preocuparse solo de Covadonga. Pero Covadonga cada minuto se sentía más incómoda con la mirada clavada de la camarera. El cantante llegó y Félix fue a recibirlo, quería saludarlo antes de presentárselo a Covadonga. Covadonga los miraba nerviosa.

—¿No tienes pensado recoger?

—Sí, iba a hacerlo ahora, no te voy a dar mucho trabajo, tranquila —le respondió sonriendo.

—Mira que eres ridícula.

—¿Qué? —le preguntó tímidamente Covadonga, no se creía lo que acababa de escuchar.

—Que eres ridícula, ¿no ves que solo te hace caso porque le das pena? Nos lo ha dicho, bueno, es algo que sabe todo el mundo. No es algo que ocultes, está deseando deshacerse de ti, pero no sabe cómo, ya lo tienes agobiado, hazte un favor y no vuelvas, así te evitas seguir haciendo el ridículo y que él te tenga que echar. —Covadonga se quedó en silencio sin saber qué decir. Viendo

cómo ella se alejaba y el otro camarero sonreía desde la barra. Recogió sus cosas y caminó hasta la puerta rápidamente para no darle tiempo a Félix a que se diera cuenta de que se iba. Félix la llamó al ver que salía por la puerta tan rápido, pero ella lo ignoró y caminó más rápido.

—Covadonga, espera. —Félix la alcanzó y la sujetó del brazo—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Me tengo que ir. —Covadonga se soltó del brazo.

—Pero el concierto... es para ti, te quiero presentar a Diego, es muy majo.

—Me encuentro mal, Félix, siento que hayas hecho este trabajo, seguro que todo saldrá bien, me quiero ir.

—No va a salir bien si tú no estás. —Covadonga estaba callada intentando controlar las lágrimas—. Te acompaño a casa, no te voy a dejar ir sola.

—No hace falta. —Covadonga empezó a caminar y Félix siguió a su lado.

—No te voy a dejar sola. —Enseguida llegaron a casa de Covadonga y ella seguía intentando controlar sus lágrimas. No quería llorar delante de él, no podía mirarlo. Félix no entendía qué podía haber pasado, estaban tranquilos escribiendo, ella sonreía, apenas la dejó sola unos minutos—. ¿Ángela te ha dicho algo? ¿Qué ha sido? —Covadonga intentaba abrir el portal, pero le costó y no pudo evitar comenzar a llorar al oír la pregunta—. Está claro que ha sido ella, no me voy a ir hasta que me digas qué ha pasado.

—No quiero hablar ahora, solo quiero subir a mi casa, por favor —consiguió decir.

—Vale, yo subo contigo. —Covadonga no pudo responder. En el ascensor intentaba no mirarlo y controlarse. Entraron y Félix se quedó en la puerta sin saber qué hacer. Covadonga dejó su bolso en el sofá de espaldas a él.

—Estoy bien, puedes irte, tienes mucho trabajo en el bar. —Félix se acercó y le tocó suavemente la espalda.

—Ahora estoy aquí. Preparo algo de cena y cenamos tranquilos. ¿Qué tienes por aquí? —le preguntó abriendo la nevera.

—Félix, no hace falta. Puedes irte. Quiero estar sola. Voy a estar bien. —Félix cerró la puerta de la nevera y se giró. No podía insistir más en quedarse, pero tampoco quería irse y dejarla sola. No sabía qué hacer.

—Mañana nos vemos, te espero en el bar. Descansa, Covadonga. —Esta vez fue él quien le dio un suave beso en la mejilla—. Te espero mañana.

—Sí, buenas noches, Félix. —Cuando se cerró la puerta, Covadonga se sentó en el sofá y comenzó a llorar. Aquellas palabras de Ángela le habían traspasado el corazón, el alma, la habían hundido. Desde que había conocido a Félix esa duda estaba en su cabeza, quizás solo le hacía caso porque le daba pena. Desde que lo conoció sus sentimientos estaban disparados, soñaba con él, con besarlo, con estar entre sus brazos, pero a la vez dudaba de si él sentiría lo mismo por ella. En el fondo de su alma tenía la sensación de que no merecía ser amada y que nunca nadie se enamoraría de ella. No sabía cómo reaccionar a partir de ese momento, no sabría cómo comportarse con Félix, ni siquiera pensaba en volver al bar. Lloraba desesperada. Todo aquello le

pasaba por idiota, se repetía. Miraba sus manos, siempre le habían hecho sentir inferior, con los años había aprendido a llevarlo mejor, pero no podía sentir esa sensación cuando se quedaba mirando hacia ellas o después de tocarla en algún supermercado usaban desinfectante disimuladamente o no tan disimuladamente. Todo había sido malas experiencias. El vitíligo en su cuerpo era un lastre con el que tenía que aprender a sobrevivir y la había acompañado desde muy joven y le había hecho la vida todavía más difícil. Era complicado encontrar un trabajo, amigos. Recordó un momento en el que Félix le tocó las manos, lo había hecho suavemente y ella se sintió feliz. Pero ¿y si todo lo hacía por pena? No iba a poder dejar de pensar en eso.

Félix estuvo un rato en el portal de Covadonga sin saber qué hacer, no quería dejarla así. Se sentía impotente. Le rompió el corazón pensar en ella llorando. Le dio miedo pensar que quizás todo había acabado. Decidió caminar hasta el bar, su móvil no había parado de sonar. Al llegar vio que había mucha gente esperando fuera, lo solucionó todo y llamó a Ángela a su despacho.

—¿Qué le has dicho a Covadonga?

—No le he dicho nada, Félix, no sé qué te habrá contado, pero yo no le he dicho nada.

—Estás despedida, Ángela, coge tus cosas y vete, no quiero volver a verte por aquí.

—No le he hecho nada, Félix, no me puedes despedir y menos esta noche, el bar está lleno, me necesitas.

—No te necesito y no confié en ti. —Félix se acercó a la puerta que había dejado abierta y le indicó con el brazo que saliera.

—Te estás confundiendo, Félix. Esa mosquita muerta no es lo que parece. Cómo puedes fijarte en alguien como ella.

—Vete ya, Ángela, coge tus cosas. —Félix salió detrás de ella y cerró la puerta del despacho.

—¿Qué pasa? —preguntó Gustavo.

—Que me ha echado por culpa de la ridícula esa, ¿te lo puedes creer? Con el tiempo que llevo aquí. Sabes, te estás cavando tu propia tumba, esto se va a hundir. —Ángela cogió su bolso y salió del bar gritando que se iba a arrepentir. Félix terminó de dar los últimos ajustes y puso en marcha el concierto pidiendo perdón por el espectáculo que acababan de vivir e invitando a la gente a la próxima ronda.

Capítulo 11

Aquella madrugada llegó al hospital y se encontró a Manuela durmiendo al lado de Beltrán.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? ¿Está peor?

—No, tranquilo, le pedí a mi madre que se fuera a mi casa y yo me quedaba hasta que vinieras. Todo está igual. —Félix pudo volver a respirar al ver que Beltrán se movía y lo saludaba. Fue a su lado y lo besó.

—Ya me voy, os dejo que sigáis con vuestra novela.

—Mamá —exclamó Beltrán.

—Lo siento, era un secreto entre vosotros.

—No pasa nada —le dijo Beltrán.

—Podrías hacernos los dibujos —le dijo Félix—. Siempre has dibujado muy bien.

—¿Los dibujos? Pero no es un cómic.

—Ya, pero unos dibujos de los protagonistas, de la portada, estaría bien, sería un trabajo de todos.

—Sí, mamá, dibuja a los protagonistas.

—Vale, mañana traigo lápices y papeles y pasamos la tarde pintando. —Manuela se despidió de Beltrán. Cada noche le costaba más salir de aquel hospital, sentía que lo abandonaba. Joaquín estaba en la puerta del hospital esperándola, había llegado unos minutos después que Félix. No quería que anduviera sola a esas horas. Manuela se despidió y los miró unos minutos desde la puerta. No podía imaginar su vida sin Beltrán y él pensaba en cómo estarían ellos si a él le pasara lo peor, no podía pensar en esa palabra horrible. Miraba a Félix, con los años se había convertido en un padre maravilloso y Beltrán tenía razón al preocuparse por él, se quedaría muy solo.

—Vete, mamá, que ya es tarde —le dijo Beltrán desde la cama—, no vamos a poder trabajar si nos miras.

—Vale, ya me voy, buenas noches, os quiero.

—¿Mamá está bien? —le preguntó Félix.

—Un poco triste, tú también pareces triste —le respondió Beltrán.

—Cosas del trabajo, ha sido un día cansador, vamos a seguir con nuestra novela.

—Por qué no descansamos un rato y luego seguimos. —Félix acercó más el sillón a la cama y acarició el brazo de Beltrán.

—Vale, descansamos un rato. —Félix se preocupó al escuchar aquellas palabras de Beltrán. Era la primera vez que prefería dormir a estar hablando de la novela, hablar de su día o cualquier otra cosa. Lo tapó con los mantas y se quedó allí en el sillón mirándolo. Pensaba en Covadonga, no sabía qué le había dicho Ángela, pero estaba seguro de que le había hecho mucho daño. Ella siempre estaba sonriente y cuando la alcanzó al salir del bar estaba destrozada, intentaba controlarse para no llorar delante de él, le había hecho mucho daño, se repetía. Solo quería que volviese al bar y hablar de lo que había pasado.

Covadonga apenas durmió, pero no quería ni podía moverse de la cama, se sentía horrible. Pensaba en los pocos planes que tenía ese día. Era sábado y no tenía que ir a trabajar, había cambiado el día. Se había imaginado la noche del concierto como una noche perfecta, un concierto maravilloso al lado de Félix escuchando esas canciones que podían decirle todo lo que ella sentía por él. Quizás una cena después del concierto seguida de un beso, de más besos, caricias. Pero ahora estaba en la cama y su intención era estar allí todo el día, pensaba en su novela. Quizás sí podía parecer ridícula, pero a ella le gustaba. No llevaban mucho escrito, pero podía terminar siendo una gran novela, no era algo ridículo. Unas lágrimas cayeron por su cara, Covadonga se limpió. Se levantó, se duchó y decidió salir de la ciudad. Iría a visitar a su hermano, no sabía cómo podría salir el viaje, pero la mantendría entretenida, no quería quedarse todo el fin de semana llorando en la cama. Se fue a la estación de autobuses y cogió uno para Santander. Le envió un WhatsApp cuando ya estaba llegando. Le preguntó si le gustaría que lo visitase. Su hermano contestó enseguida. Estaba encantado de que decidiese visitarlo. Estaba saliendo del trabajo y se iba a comer con su mujer y con Pelayo, le contó. Ellos también estarían contentos de tenerla por allí cuando lo decidiese. Covadonga le contó que estaba llegando a Santander. Y él le contestó que estaría en la estación para cuando ella llegase. Juan la vio bajar del autocar y se acercó a ella, la abrazó y lloró. Los dos lloraron, hacía mucho que no se veían y los dos estaban muy cambiados.

—¿Y tu maleta? —le preguntó Juan—. No vaya a ser que se nos olvide.

—No he traído maleta, es un viaje de pocas horas.

—Bueno, luego vamos a comprar algo para que te quedes esta noche y ya te vas mañana o te deja algo Belén.

—Solo iba a estar unas horas, no quiero molestar.

—No molestas. —Juan la volvió a abrazar—. Me alegro mucho de que estés aquí.

—Yo también me alegro de estar aquí, te he necesitado mucho —le dijo sin separarse de sus brazos. El móvil de Juan sonó.

—Es Belén, Pelayo está nervioso, le dije que iba a conocer a su tía más guay y nos están esperando en una hamburguesería, ya le habíamos prometido que íbamos a ir hoy.

—No le he comprado nada, no voy a cumplir sus expectativas.

—Sí las vas a cumplir, no te preocupes. Siento no haber estado a tu lado cuando me necesitaste, Covadonga, no supe hacer las cosas de otra forma. —Juan la volvió a abrazar. En pocos minutos

llegaron a la hamburguesería. Covadonga reconoció a Belén y a su lado estaba Pelayo. Era el niño más guapo que había visto nunca. Se acercaron a la mesa y Pelayo se acercó a saludarla tímidamente. Se sentaron y pidieron. Según iban pasando los minutos Pelayo iba cogiendo más confianza con ella. Le contó los sitios a donde iban a ir para que ella los conociera. La quería llevar a su cole, le contaba que tenían que verlo desde fuera, ya que estaba cerrado porque no tenían clase. Irían al parque y le enseñaría los columpios que más le gustaban. Pelayo miró las manos de Covadonga y se las acarició.

—¿Te duele?

—No.

—Nunca había visto unas manos así.

—Pelayo, deja a tu tía —le dijo Belén y él enseguida apartó las manos de Covadonga.

—No me molesta, solo siente curiosidad, puedes tocarlas. —Pelayo sonrió y volvió a tocar sus manos. Con sus deditos recorría la forma del vitíligo en las manos de Covadonga.

—¿Por qué tienes dos colores?

—Es una enfermedad. —Covadonga se quedó unos segundos pensando—. Mi cuerpo no produce todo el color que necesito. Y por eso tengo dos colores.

—Yo tengo el mismo color, mira. —Y Pelayo colocó encima de la mesa sus dos manos y Covadonga se las acarició.

—Tus manos son muy bonitas.

—Las tuyas también. —Covadonga sonrió.

—Cuéntale lo que has aprendido en el cole —le dijo Juan. Y Pelayo empezó a hablar de todas las asignaturas que tenía y cuáles se le daban mejor. Después de la comida fueron de compras, visitaron los lugares que Pelayo quería enseñarle y Covadonga aceptó quedarse a dormir en casa de Juan. Dormiría en la habitación de Pelayo y así él le hablaría de sus cuentos favoritos y podría leerle alguno con su ayuda. Pelayo se quedó dormido enseguida, había sido un día agotador y Covadonga aprovechó para salir de la habitación e ir al baño. Se encontró a Juan en el salón.

—Te estaba esperando.

—Solo iba al baño, estaba esperando que Pelayo se quedara dormido.

—Vete y te espero aquí. —Covadonga volvió y Juan la estaba esperando.

—No te vas a librar de mí. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí? Me encanta que estés aquí, pero creo que es porque te ha pasado algo y me preocupa. ¿Ese chico del que hablabas no te habrá hecho algo?

—No, nada, tonterías, necesitaba salir, cambiar un poco de aire, verte.

—Cuéntame las tonterías. —Covadonga se sentó a su lado y empezó a contarle lo que le había pasado con Félix y con aquella camarera. Después de decir improperios contra la camarera, Juan le aconsejó que volviera al bar. Félix le parecía buen tío y no sabía qué había pasado—. Estaría despistado pensando en por qué te fuiste del bar —le decía Juan—. Yo creo que puede estar enamorado de ti, eres una mujer hermosa, olvídate de la camarera, seguro que sentía envidia o

estaba enamorada de Félix y sentía celos. Mándale un WhatsApp, llámalo. —Covadonga le contó que no tenía su número de teléfono, no se los habían dado. Juan se rio, sí que eran raros. Hoy en día la gente se da el teléfono enseguida y te meten en un montón de grupos casi sin pedir permiso. Ella le respondió que no había surgido la oportunidad. Covadonga le preguntó por su vida, quería saberlo todo desde que se había ido de casa de su madre y Juan comenzó a contarle todo lo que había ocurrido en su vida, siguió a su lado escuchando cómo habían sido sus últimos años en Santander, cómo era su trabajo y lo maravilloso que era ser padre.

A la mañana siguiente, Covadonga entró en la cocina y allí estaba Belén preparando un gran desayuno.

—Pensé que me iba a dar tiempo a terminar, he preparado frixuelos, Juan siempre me ha contado que los solía hacer en vuestra casa, no sé si me saldrán también como a él.

—¿Te puedo ayudar?

—Vale. —Belén los iba dejando en un plato y Covadonga los iba rellenando de chocolate.

—Siento haberme portado mal contigo, Belén, fui bastante, no, bastante no, mejor dicho muy desagradable contigo, no te lo hice fácil cuando llegaste a nuestras vidas, lo siento mucho, eres una madre estupenda y Juan está feliz a tu lado. Espero que me perdones algún día.

—Ya te perdone hace mucho, fue una época muy difícil para todos y tú viste en mí a la persona que te robaba a tu hermano, la persona más importante para ti, yo tampoco me porté muy bien, podría haberlo hecho de otra manera, tener más paciencia, después de que suceden las cosas siempre pensamos que podíamos hacerlo de otra manera, pero al final está hecho. Yo nunca actué para hacerte daño ni a ti ni a Almudena, quiero que lo sepas. El día que tuve a Pelayo en mis brazos me olvidé de todo lo malo. Juan y yo nos centramos en él y en salir adelante, quizás teníamos que haber insistido en que vinierais...

—No, lo habéis hecho muy bien vosotros solos, sin nadie que os pudiera amargar. Ahora me caes muy bien —le dijo Covadonga sonriendo.

—Tú también me caes muy bien y quiero que sepas que estoy feliz de que estés aquí y que puedes quedarte el tiempo que quieras y volver cuando quieras. Pelayo está feliz de tenerte aquí.

—Gracias, gracias por hacer feliz a Juan y por Pelayo, es un niño maravilloso, no puede ser más dulce y adorable. —Belén comenzó a llorar.

—Perdona, no quería hacerte llorar.

—Estoy más sensible, no queríamos decir nada todavía por si algo salía mal, pero estoy embarazada. —Covadonga la abrazó. No le dijo que Juan ya se lo había dicho hacía varias semanas.

—¿Todo está bien, verdad? —le preguntó Covadonga.

—Sí, sí, pero como Pelayo es tan pequeño no entendería si algo saliese mal, todavía es un poco pronto, ni siquiera se me nota.

—Me alegro mucho Belén, este viaje ha sido maravilloso. —Las dos se abrazaron. Pelayo entró en la cocina y las abrazó a las dos. Comenzaron a reír.

Covadonga volvió feliz a Oviedo con la promesa de regresar pronto a Santander; una vez al mes le había hecho prometer su hermano. Al acercarse a su calle no pudo evitar pensar en si Félix habría pensado en ella. Se sentía aliviada, sabía que los domingos el bar estaba cerrado y no tendría que enfrentarse a encontrárselo, eso lo dejaría para el lunes. Aun así, al pasar delante del bar, se puso nerviosa, no podía evitarlo. Ese día solo pensaría en su maravilloso sobrino y en volver a verlo pronto.

Capítulo 12

Félix abrió el bar aquella tarde pensando en Covadonga; estaba nervioso, quería saber cómo estaba. Se había dado cuenta de que estaba enamorado. Solo podía pensar en verla entrar por la puerta, en los momentos que pasaban juntos, en su sonrisa, en sus ojos. Volvió a salir a la puerta del bar a fumar y ver si pasaba. Ya era el quinto cigarrillo que se fumaba en pocas horas. Al salir se encontró a Covadonga parada en un lateral de la puerta.

—Te estaba esperando. ¿Vas a entrar? —le preguntó sorprendido de encontrársela allí.

—Estaba pensando en ello, no lo tengo decidido todavía.

—Pues nos quedaremos aquí hasta que lo decidas, ¿te importa que encienda el cigarrillo?

—No, aunque deberías fumar menos, hay unas cuantas colillas en el suelo. —Los dos sonrieron.

—Me alegro de que hayas decidido volver, estaba preocupado por ti. —Félix la miró y Covadonga se sonrojó. Félix sonrió y volvió a mirar al suelo cuando la vio sonrojarse—. Nadie va a volver a molestarte. Me harías muy feliz si decides volver a entrar y a seguir donde lo habíamos dejado. —Covadonga sonrió tímidamente, no supo qué responder. Lo miró y entró en el bar. Caminó hasta su mesa, se quitó el abrigo y sacó del bolso la carpeta donde guardaba los papeles de la novela. Félix estaba feliz de verla de nuevo allí. Le sirvió algo de beber y fue a por el ordenador. Félix decidió no abrir aquella noche el bar. Quería una noche tranquila sin interrupciones donde Covadonga pudiese curarse de la herida que le había causado Ángela. Covadonga se alegró de la noticia, estarían solos. Félix puso música y empezó a hablar de la novela. Se habían quedado en la misión. Decidieron cómo sería la amiga de Sira, que moriría en la misión, cómo Jacobo se acercaría a Sira después de la muerte de su amiga, se abrazarían y se darían cuenta de que estaban enamorados, de que ya no podrían vivir el uno sin el otro.

—Es un poco exagerado, ya sé que lo tuyo es la novela romántica, pero ¿crees que es creíble, por un abrazo? —Se reía Félix.

—Claro que sí, además estoy segura de que alguna vez te habrá pasado que abrazas a una persona y sabes que quieres estar a su lado para siempre, que te gusta.

—Ahora no lo recuerdo, yo no soy de abrazos, pero lo dejaremos.

—Si tienes otra opción, podemos hablarlo, ¿qué se te ocurre? Tienen que tener algún contacto, un momento en el que se vea que están enamorados, que se van a enamorar, que son importantes el uno para el otro.

—No lo sé. —Félix se quedó en silencio unos minutos—. Vale, dejamos lo del abrazo. Pero ya tengo ganas de la parte de acción.

—Terminamos esto y nos ponemos con ella. —Covadonga se rio.

—¿Tienes hambre? Me voy a poner a hacer algo de cena, que si no te tengo sin cenar hasta las tantas. Y tú vas terminando eso.

—Sí, tengo hambre y más si me haces patatas fritas, estaban buenísimas. —Félix se levantó y se fue a la cocina. Covadonga pensaba en cuántas mujeres habrían pasado por la vida de Félix, en cómo serían, en cómo sería la vida con él, en cuántos abrazos habría dado en su vida. Se levantó y se acercó a la cocina.

—¿Necesitas ayuda?

—No, lo tengo todo controlado. Pero puedes quedarte a hacerme compañía. ¿Qué tal ha sido tu día?

—Ha estado bien, bastante gente, pero han sido agradables la mayoría. ¿Qué tal el concierto?

—Bien, la gente se lo paso muy bien y el chico era muy agradable. Te eché mucho de menos. Te debo un concierto.

—Yo a ti también, este se estropeó un poco —le dijo Covadonga.

—Grabé una de las canciones que más me gusta, te la pongo ahora mientras cenamos. —Félix le acercó un plato a Covadonga y él cogió otro, fueron a la mesa y allí buscó en su móvil la canción que había grabado—. Empecé un poco tarde a grabar, escucha: “Con una zanja, abierta en el alma, pensando en mí, el corazón en llamas, no sabe si evitarme o decidir, con un quizás, ardiendo en la garganta, yo tan vulgar, tú siempre tan callada, se trata de salvarse o de vivir...”.

Cuando Covadonga comenzó a escucharla, se le erizó la piel; era una de sus canciones preferida. Los dos la escucharon en silencio. Mientras cenaban hablaban de las canciones que les habían marcado a lo largo de los años y las que no reconocerían nunca que les gustaban.

—¿Te confieso algo? —le preguntó Félix.

—Sí —respondió intrigada Covadonga.

—Cuando era joven tocaba en un grupo, hacíamos versiones de Héroes del Silencio y de otros grupos, pero sobre todo de Héroes, es uno de los motivos por el que *La chispa adecuada* es una de mis canciones favoritas, me hizo sonreír cuando me la pusiste entre la música que me dejaste.

—Me alegro de que te hiciera sonreír, aunque no te imagino de cantante y dando conciertos.

—Mejor, llevaba el pelo súper largo, tenía unas pintas buenas, te reirías si vieses alguna foto.

—Ahora me las tienes que enseñar.

—Más adelante puede ser, tendría que buscarlas.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Tuve que dejarlo. —Félix se quedó serio pensando en cómo había desaprovechado aquellos años—. Me llegó el momento, tampoco iba para ningún lado, maduré.

—Seguro que tenías un montón de fans.

—No creas, no era uno de los que tenía más fans —se rio—, pero sí me lo pasé bien.

El móvil de Félix vibró, la abuela de Beltrán le preguntaba si estaba bien, ya se había hecho demasiado tarde. Félix se sintió mal, se había olvidado de su hijo. Se levantó rápidamente después de leer el mensaje.

—Me tengo que ir, ya se me ha hecho muy tarde. —Covadonga sintió cómo había cambiado de repente después de leer el móvil.

—Te ayudo a recoger —le dijo ella.

—Gracias. —Recogieron y Félix insistió en acompañarla a casa. Covadonga aceptó algo preocupada por la forma de actuar de Félix. Esta vez apenas tardaron unos minutos en llegar al portal de Covadonga, habían caminado mucho más rápido de lo normal. Félix la miró fijamente.

—Me lo he pasado muy bien, Covadonga, me alegra mucho que hayas vuelto al bar y que sigamos con nuestra novela. Espero verte mañana.

—Yo también me alegro de seguir con nuestra novela. —Los dos se miraron a los ojos. Antes de que Covadonga se girara para abrir el portal, Félix se acercó a ella y la abrazó. Un abrazo que duró minutos, en el que Félix le susurró un inaudible “gracias”. Se separó y le dio las buenas noches. Covadonga se sintió en una nube. Se había sentido en otro mundo entre los brazos de Félix. Aquella noche no pudo dormir pensando en él, en su olor, en esa sensación maravillosa que había tenido al estar entre sus brazos. Félix caminaba hacia el hospital con el conflicto de las emociones que tenía desde que Covadonga estaba en su vida. Se sentía horrible por haber estado ese tiempo con ella y no con Beltrán, pero la sensación de ese abrazo le había hecho ver que quería tenerla en su vida, que quería una vida con ella. Y eso lo hacía sentirse la peor persona del mundo.

Félix se despertó a la mañana siguiente bajo la mirada de Manuela.

—¿Ya estás aquí? ¿Qué hora es?

—He llegado temprano, he estado toda la noche muy inquieta. Llamé a mi madre y ella se ha quedado en casa para ayudar a Joaquín.

—¿Entonces todo bien?

—Sí, tranquilo —le respondió Manuela.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café? Te invito. —Manuela miró a Beltrán, todavía estaba dormido.

—Vale. ¿Qué tal es el café de aquí? Siempre me traigo un termo con infusiones, hace mucho que no tomo café.

—Bebible. —Manuela y Félix se rieron. Caminaron hasta el ascensor en silencio. Las puertas se abrieron y Félix entró y miró a Manuela que no se decidía a entrar. Félix salió.

—¿Estás bien?

—Tengo miedo —le dijo mirándolo a los ojos. Y comenzó a llorar. Félix la abrazó. Y esperó a que se desahogara. Después de unos minutos, subieron al ascensor y bajaron a la cafetería. Félix la sentó en una mesa y fue a buscar el desayuno. Enseguida regresó con la bandeja llena de comida para que Manuela eligiera lo que más le apeteciese.

—Tienes que desayunar bien para estar fuerte, Manuela. —Félix le acercó café—. Te lo he cogido descafeinado, te vendrá mejor. Venga, coge algo, quiero verte comer.

—Solo si me cuentas algo sobre la chica con la que estás escribiendo la novela. Beltrán me ha hablado de ella. —Félix se rio.

—Que cotilla que es nuestro hijo. —Los dos se quedaron en silencio unos segundos—. Es una chica muy agradable, hace mucho tiempo que no tenía esa sensación al estar con alguien. Solo hablamos, escribimos, la miro cuando no ve. Me gusta tenerla cerca.

—¿Estás enamorado de ella? —Félix la miró.

—Sí. —Se hizo un breve silencio—. Me siento tan mal, Manuela, cómo puedo sentir esto en este momento. Ayer se me hizo tarde porque estaba con ella. Tu madre me llamó preocupada. Estábamos cenando, escuchando música, hablando de la novela y el tiempo pasó y me olvidé de venir. Soy horrible.

—No es horrible, Félix, solo estabas pasando un momento agradable y el tiempo te pasó volando, ya está, no te mortifiques. Cuántas veces he llegado yo tarde y tú te has quedado más tiempo.

—No es lo mismo, tus hijos te necesitan, siempre hay imprevistos con los niños. Si los teníamos con Beltrán cuando era más pequeño, cómo no los vas a tener con tres niños y tan pequeños en casa. Cuando te veo con Beltrán no entiendo cómo lo haces, todo siempre con una sonrisa, dándonos fuerzas a todos, pendiente de todo. Eres una mujer increíble, Manuela, te admiro mucho y es una bendición tenerte en mi vida, que seas la madre de Beltrán. —Manuela lo miraba, todavía veía en él a aquel chico que la enamoró locamente y todavía le quedaba muchos días de sufrimiento por delante.

—También tengo malos momentos, Félix. También me siento horrible después de haber estado en casa riéndome y jugando con los niños. Cuando Joaquín me abraza y me besa y me siento segura en sus brazos a los pocos minutos me siento mal por haberme sentido bien. Es una locura. No es nada fácil llevar el día a día y mantener la cordura, pero es lo que tengo que hacer.

—Eres la última persona que tiene que sentirse mal en el mundo, Manuela, todo lo estás haciendo con amor, de la mejor manera posible, tus hijos te necesitan y necesitan una madre que también esté feliz, no siempre triste. No es malo que sonrías, que tengas pequeños, momentos de felicidad con ellos.

—No sé, Félix, no sé qué pasará, no sé si soy capaz de seguir. Beltrán me dijo en una conversación que no dejara que sus hermanos lo olvidaran. Sentí que se me partía el corazón. Es mi hijo, mi bebé y cuando lo escuché decir esas palabras.... —Manuela comenzó a llorar. Félix se acercó a ella y la abrazó. Félix se limpiaba las lágrimas del rostro, ahora Manuela necesitaba que él fuera el fuerte. Subieron a la habitación y encontraron a Beltrán hablando con la enfermera. Le contaba con todo detalle cómo había pasado la noche. Al verlos los saludó alegre. Hoy pasaría la mañana con los dos.

Capítulo 13

Félix volvió al bar como cada tarde. Covadonga apareció y Félix sonrió al verla; esta vez su sonrisa era más triste. Todo en él parecía más triste. Covadonga le preguntó si se encontraba bien y él le dijo que sí. Enseguida desvió la conversación hacia la novela. Ese día tenía que irse antes y no podrían escribir, pero le apetecía estar un rato con ella. Covadonga aceptó. Entendió que solo necesitaba compañía y estuvieron en silencio la mayor parte del rato, un silencio que resultó agradable. A la hora, apareció Gustavo, el camarero, Félix le había pedido que llegase antes y así se ocuparía de cerrar el bar y él podría irse antes al hospital. Félix acompañó a Covadonga, caminaron juntos casi rozándose las manos hasta el portal de ella. El corazón de Covadonga se desbocaba al sentirlo tan cerca, soñaba con la idea de que la volviese a abrazar.

—Yo me quedo aquí —le dijo Covadonga. Félix la miró, se acercó a ella suavemente y la besó. Un beso suave con miedo. Se separó rápidamente.

—Lo siento, no tenía que haberlo hecho, perdona...

—No pasa nada, Félix, no me ha molestado. —Covadonga lo besó—. ¿Subes? —le preguntó Covadonga con la puerta del portal abierta. Félix la volvió a besar y caminó a su lado.

Los dos caminaban nerviosos hacia el ascensor donde los besos se hacían cada vez más largos e intensos. Covadonga abrió la puerta de su casa. Félix dudó unos segundos si entrar. Covadonga lo cogió suavemente de la mano y lo introdujo en la casa. Lo volvió a besar y Félix la rodeó con sus brazos. Los dos habían deseado durante mucho tiempo ese momento de intimidad. Covadonga se empezó a desabrochar la blusa mientras se besaban, y se tumbó en la cama. Félix la miró y dio unos pasos atrás.

—Lo siento, Covadonga, perdóname, no puedo. —Félix salió rápidamente del piso y Covadonga se quedó unos segundos sin saber qué hacer. Se sentó en el borde de la cama y se tapó con la blusa. Comenzó a llorar, había ido muy rápido, Félix había visto su cuerpo y por eso le había dicho que no podía, quizás le había dado asco, pensaba que su cuerpo con manchas no era atractivo. Estaba segura de que Félix era diferente, que era un hombre especial, su gran amor, y ahora había pasado lo que siempre había temido: él la había rechazado. Cogió el teléfono y entre sollozos llamó a su hermana, necesitaba a alguien a su lado. Ella, al otro lado, al escucharla llorar desesperadamente, se asustó. Le pidió que se calmara, que en poco tiempo estaría con ella. Cogió su coche y en media hora llegó a casa de Covadonga. Tenía miedo de cómo encontraría a su

hermana, miedo de que le pudiera haber sucedido algo, apenas le había entendido nada. Allí le contó lo que acababa de ocurrir. Covadonga todavía estaba vestida, cubriéndose con la blusa. Su hermana la abrazó y la consoló. Almudena la ayudó a quitarse esa ropa y a ponerse el pijama. Covadonga se quedó dormida en su regazo después de llorar durante varias horas.

A la mañana siguiente su hermana llamó al trabajo para decir que no podía ir y lo mismo hizo con el de Covadonga. Ayudó a Covadonga a ducharse y a desayunar algo, después volvería a la cama si es lo que necesitaba, pasarían el día viendo la televisión y comiendo porquerías. —Lo olvidarás, Covadonga —le repetía—. Esto solo será un momento desagradable que poco a poco irás olvidando y algún día encontrarás el amor, este solo es uno en tu historia. Solo uno —le repetía. La hermana de Covadonga tenía que volver a su trabajo, estaba muy preocupada y no quería dejarla sola, no le quedó otra que pedirle ayuda a su madre. Hacía unos meses que habían retomado el contacto con la idea de construir una relación sana y, en ese momento, no podía pedirle a nadie más que se quedara con Covadonga. A primera hora de la mañana llegó su madre. Le abrió la puerta con cuidado para no despertar a Covadonga y le dijo que esa era la oportunidad de hacer algo bueno por su hija y de cuidar de ella. Su madre apenas pudo asentir con la cabeza y entró. Vio que Covadonga todavía dormía echa un ovillo en un lado de la cama. Empezó a preparar el desayuno. Mientras un pequeño perrito que la acompañaba salió de un gran bolso que había dejado en el suelo, y empezó a olerlo todo. Subió a la cama de Covadonga y le empezó a ladrar. Covadonga se despertó asustada. Su madre fue a coger al pequeño.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué haces con un perro?

—Tu hermana me ha pedido que viniese, tuvo que irse al trabajo, me pidió que te cuidara.

—No hace falta que te quedes aquí, estoy bien y no te necesito. Prefiero estar sola.

—Solo me quedaré unas horas, he preparado el desayuno, pruébalo.

—Prefiero que te vayas, no tengo ganas de escuchar que me lo merezco por ser imbécil, por creer que alguien se puede enamorar de mí, todo lo que me puedas decir ya lo sé.

—Siento todo el daño que te he hecho, Covadonga, soy una madre horrible, y si alguien tiene la culpa de tu dolor, soy yo, nunca te enseñé a quererte, no te di las armas para valorarte, para que vieras que eras una niña maravillosa y fuerte que sea convertido en una mujer independiente, fuerte y luchadora. Yo tuve la culpa de haberte mantenido aislada, de haberte hecho creer que todo el mundo es horrible, que no mereces que te quieran, lo siento mucho y no tendré vida para que pueda pedirte perdón. —Covadonga lloraba escuchando a su madre. El perrito ladró.

—¿Y ese quién es? ¿Cómo es que te dejan tener perro? —le preguntó mientras no podía evitar sonreír al mirarlo.

—He estado yendo al psicólogo y entre muchas cosas que me ha recomendado hacer, una de ellas más o menos es esta, entonces me hice casa de acogida, pensé que se me daría bien y estaría ocupada y me llegó este. Se llama Bizcocho, ya venía con ese nombre y me tiene enamorada, es muy bueno, no te va a molestar, solo es que le gusta mucho ladrar. ¿Te sirvo café?

—Sí. —Las dos comenzaron a desayunar en silencio, solo roto en algunos momentos por

Bizcocho que las miraba desde el suelo. Covadonga miraba a su madre y pensaba en lo que le acababa de decir, parecía sincera y arrepentida de todo lo que les había hecho.

Su móvil sonó y se acercó a cogerlo, era Almudena que le enviaba varios WhatsApp para ver que tal iba todo. Covadonga le recriminó por haberle enviado a su madre. Almudena le contó que llevaba unos meses hablando con ella, había comenzado a ir a un psicólogo y este le había recomendado que llevara a su madre. Las dos estaban yendo a terapia para arreglar su relación y ahora le había dado la oportunidad de hacer algo bueno por ella. Pero, si no estaba de acuerdo, la podía echar en cualquier momento. Covadonga le escribió que le daría una oportunidad. Después del desayuno, se sentaron en el sofá a ver la televisión. Covadonga miraba a Bizcocho cómo dormía plácidamente encima del sofá. Le parecía raro que su madre cuidase de él, que estuviese allí cuidando de ella y las palabras que le había dicho todavía le resultaban extrañas en su cabeza. No podía evitar pensar que si lo hubiera hecho antes sus vidas serían distintas. Quizás nunca hubiese conocido a Félix y no estaría sintiendo el dolor que sentía en ese momento. Covadonga comenzó a llorar de nuevo. Recordaba la cara de Félix en el momento que se separó de ella, aquellos pocos pasos que dio hacia atrás cuando ella tenía la blusa desabrochada. No la miró a la cara, solo se fue, sin más desapareció y se sentía horrible, sentía que todo su mundo se había derrumbado. “No puedo volver a pasar por enfrente del bar, me tengo que mudar”, pensó. “Me tengo que mudar”, repitió en voz alta.

—¿Por qué tienes que mudarte? —le preguntó su madre.

—No puedo seguir aquí, no puedo.

—Tranquilízate, puedes venir conmigo unos días y después ya lo pensarás. —Covadonga la miró, no volvería a esa casa con lo que le había costado salir. Podía entender que ella había cambiado y que estaba arrepentida, pero no volvería a vivir con ella.

—Necesito dormir —le dijo Covadonga y se fue a la cama, se tapó hasta arriba y se quedó recordando otra vez a Félix y aquellos minutos que la habían destrozado.

Capítulo 14

Félix pensaba en Covadonga mientras miraba por la ventana. Sabía que lo que había ocurrido había acabado con la relación entre ellos, tenía claro que no volvería a verla. Se sentía culpable de haber empezado aquella relación, de haberla saludado aquella tarde. Cómo se atrevía a pensar en él teniendo a su hijo enfermo; todo lo había hecho mal y había hecho daño a una mujer maravillosa. En aquel momento decidió dejar el bar, se quedaría allí, al lado de Beltrán. Tenía que dejar de pensar en él, dejar de pensar en Covadonga. Sin embargo, el daño ya estaba hecho y no encontraba una forma de arreglarlo ni las ganas, quizás lo que había pasado era lo mejor para los dos.

Beltrán vio a su padre diferente, le preguntó qué le pasaba y Félix le respondió que cosas de mayores. Él era demasiado pequeño para entenderlo.

—Cuéntamelo, papá, así te ayudo.

—He hecho algo que ha hecho daño a una persona.

—Pídele perdón, seguro que te perdona.

—Sí, puede ser, pero no pensemos ahora en eso, cuéntame qué tal ayer, qué hiciste. —Hablaron durante un rato hasta que Beltrán se quedó dormido. Manuela llegó pronto y vio a Félix mirando por la ventana.

—¿Qué tal ha pasado la mañana?

—Bien, está tranquilo.

—Ya te puedes ir, así pasas por casa y descansas un rato.

—He decidido no abrir más el bar, quiero pasar más rato con Beltrán, lo voy a vender o a alquilar, no lo sé, lo que sea más rápido.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, no quiero volver allí.

—¿Cómo vas a pagar las facturas?

—No te preocupes, tengo algo ahorrado, estaré bien y con lo que saque haré lo que quería mi padre, el dinero irá para Beltrán y para ti.

—¿Es por lo que hablamos hace unos días? ¿Te sientes culpable por esa chica?

—Voy a buscar un café. ¿Te traigo uno?

—Félix, vamos a hablar.

—Ahora no, Manuela. —Félix salió de la habitación. Beltrán abrió los ojos.

—¿Llevas mucho despierto? —le preguntó Manuela.

—Un poco. Papá esta triste, me dijo que le había hecho daño a alguien.

—No tienes que preocuparte, mi amor, las cosas de mayores las tienen que arreglar los mayores.

—Acuérdate que me prometiste que cuidarías de él.

—Sí, me acuerdo, mi amor. Cuidaré de él y tú también cuidarás de él. —Manuela veía cómo cada día Beltrán estaba más débil. Su voz se había transformado en un pequeño hilo que apenas era perceptible. Félix, en la puerta de la habitación, escuchó a Manuela cómo le decía a Beltrán que cuidaría de él. Se alejó de la puerta, caminó hasta una pequeña sala de espera y allí se sentó. Lloró reprochándose todo lo que había hecho mal. Su hijo se preocupaba por él cuando solo tendría que pensar en curarse. Pensó en ir a casa de Covadonga y pedirle perdón, contarle lo que nunca le había contado, hablarle de Beltrán. Se levantó decidido a hacerlo, pero a los pocos minutos se volvió a sentar. Se quedó allí sentado sin saber qué hacer.

Covadonga decidió no dejar que lo que había pasado con Félix acabara con ella. Volvió al trabajo a los pocos días y volvió a pasar por enfrente del bar, olvidó la idea de mudarse, aunque la dejaría reservada por si acaso la necesitaba. Ella no había hecho nada malo para tener que cambiar sus hábitos, se repetía si en algún momento lo veía, ya resolvería aquella situación aunque esperaba que por el momento no ocurriese, no sabía si era valiente o estúpida al obligarse a pasar por aquella situación, pero era algo a lo que tenía que obligarse aunque solo fuera una vez para enfrentarse a su miedo de volver a verlo. Al cabo de los días se dio cuenta de que el bar siempre estaba cerrado. Se preocupó por Félix, quizás le había pasado algo, quizás su forma de actuar era porque le ocurría algo en su vida o simplemente lo había dejado sin más, no sabía qué pensar. En el fondo no sabía nada de la vida de Félix, no sabía si había estado casado, si lo estaba en ese entonces, cómo había sido su infancia, su juventud, quizás se tenía que haber dado cuenta antes de que él era un desconocido, nunca le había hablado de nada personal. Decidió no buscarle excusas, se sentía más tranquila viendo el bar cerrado. Las semanas fueron pasando y ella iba superando aquella noche y se obligaba a no pensar en él. Pasó unos días de vacaciones con su hermano Juan y con Belén disfrutando de Pelayo. Estuvo en el hospital cuando nació su segundo sobrino, una de las experiencias más bonitas de su vida que nunca olvidaría. Aquel momento le hizo plantearse el mudarse allí para poder estar más cerca de ellos, pero era algo que debería pensar porque no quería agobiarlos. La relación con su madre iba construyéndose poco a poco, quedaban de vez en cuando para tomar un café y la acompañaba en algunos paseos con Bizcocho que había pasado a formar parte de la familia. Su hermana también estaba más pendiente de ella y solían quedar los fines de semana donde ella le presentaba a algún amigo de su pareja. Le insistía en que tenía que olvidar a Félix, solo había sido una mala experiencia. Y no podía dejar que esa experiencia acabara con todas las cosas buenas que todavía le podían pasar.

Capítulo 15

Aquel momento que tanto habían temido desde el primer diagnóstico de Beltrán se produjo de forma inesperada cuando creían que iban ganando a la enfermedad. Beltrán falleció a las pocas semanas. Félix y Manuela estaban a su lado cuando se produjo. Los médicos les habían avisado del fatal desenlace y ellos no podían creerlo. Félix desapareció de allí, no podía asumir que Beltrán ya no estaba, caminó durante horas y llegó a su casa, allí se quedó sentado en un sillón en la habitación de su padre sin saber qué hacer. Manuela lo llamó por teléfono, lo buscó para pedirle que fuera al funeral. Pidió a sus padres que lo buscaran, pero no lo encontraron. Manuela se sintió muy dolida por la actitud de Félix. No quería volver a verlo nunca más, le había fallado a su hijo.

Los meses fueron pasando y Manuela no volvió a saber nada de Félix. Algo que le había empezado a angustiar en las últimas semanas. Soñaba con Beltrán todas las noches y sentía que le estaba fallando porque no estaba cuidando de Félix. Uno de los últimos sueños hizo que se levantara angustiada, Beltrán le decía que no había cumplido su promesa y él parecía enfadado con ella y le rechazaba un beso. Manuela se tranquilizaba; era su sentimiento de culpabilidad, solo eso. Su madre la encontró en la cocina limpiándose las lágrimas mientras se calentaba leche. Hacía días que había dejado de tomar las pastillas que le habían dado para dormir. Cuando no las tomaba soñaba con Beltrán y sus sueños eran tan reales que no quería despertar. Su madre le indicó que se sentara, ella le acercaría la leche.

—He soñado con Beltrán, está enfadado conmigo, le prometí cuidar de Félix y no lo he hecho. No sé nada de él.

—Félix está en el pueblo de su padre, está bien supongo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que llegó allí, me lo contaron unos amigos en común, está todo el día dentro de casa y solo de vez en cuando lo ven pasear por la playa. Ellos están pendientes de él.

—A Beltrán le encantaba pasar los veranos con él en esa playa, llegaba como un salvaje. —Manuela sonreía al recordarlo, no tenían horarios de comidas, de sueño, venía con moratones de practicar surf—. Venía tan feliz, mamá. —Las lágrimas volvieron a caer por su rostro. Su madre se sentó a su lado y la abrazó—. Tengo que cuidar de él.

Manuela, en los brazos de su madre, pensaba en cómo cuidar de Félix. Recordaba a Beltrán

hablándole de aquella chica por la que él había rezado para que su padre no estuviera solo. No sabía cómo encontrarla, solo sabía que se habían conocido en el bar. Habló con Joaquín, pasaría por el bar, esperaría por allí a ver si había alguna chica que pudiese intuir que era ella, si todavía seguía pasando por aquella calle. Le pidió ayuda a Beltrán cuando llegó a la puerta del bar. Caminaba arriba y abajo, observando a la gente que pasaba. Joaquín decidió acompañarla y aparcar el coche cerca para que no pasara frío. Después de varios días, se había fijado en una chica que solía bajar siempre a la misma hora. Una hora en la que solía haber poca gente en el bar y que aceleraba el paso cuando se iba acercando. Una tarde decidió arriesgarse, ya llevaba varios días y no podía alargar más aquella situación. Esperó un poco más abajo del bar.

—Perdona, ¿eres Covadonga?

—Sí —respondió extrañada.

—Te estaba buscando, tenía dudas de si eras tú, menos mal que he acertado.

—¿Por qué me estabas buscando? No te conozco. —Covadonga pensó en Félix inmediatamente.

—Sé que esto es raro, pero me gustaría hablar contigo de Félix si tienes unos minutos, te invito a un café. —Covadonga sintió cómo todo su cuerpo se volvía loco al escuchar su nombre.

—Sí, tomemos un café. —Covadonga necesitaba saber qué quería contarle aquella mujer, parecía una persona amable. Ya en la cafetería se sentaron en una mesa tranquila y pidieron unos cafés—. Ya estamos aquí —dijo Covadonga.

—Sí, gracias por acompañarme, hice una promesa y tengo que cumplirla. Empezaré por el principio. Félix y yo fuimos pareja hace muchos años. Éramos muy jóvenes y nos enamoramos. Él era el típico chaval malo del instituto, yo llegaba nueva a la ciudad, lo conocí en un concierto y enseguida congeniamos, era muy dulce conmigo. Sé que me estoy remontando muy atrás, pero quiero que sepas que lo conozco muy bien y es un hombre maravilloso.

—No sé dónde quieres llegar, la verdad. ¿Estás con él ahora? Yo no tengo ninguna relación con él.

—No estoy con él. —Manuela respiró hondo—. Tuvimos un hijo —consiguió decir y las lágrimas empezaron a aparecer en su ojos—. Perdona, es difícil hablar de él, nuestro hijo murió hace nueve meses casi diez. Se llamaba Beltrán y a él le hice la promesa de cuidar de Félix. Beltrán me contó que él había estado rezando para que Félix no estuviera solo cuando él no estuviera y al poco tiempo apareciste tú, Beltrán estaba seguro de que tú serías la persona que estarías al lado de Félix, como él me dijo una vez, habías aparecido en el momento adecuado. Y aquí estoy buscándote. Sé que Félix está enamorado de ti, pero su corazón, su mente, era un caos en ese momento y ahora debe seguir igual. No podía permitirse amar a alguien o sentir felicidad cuando nuestro hijo estaba enfermo.

—Lo siento mucho, no sé qué decir, no tengo palabras, no sé qué decir, Manuela. —Covadonga le cogió la mano a Manuela.

—Gracias, esta situación es rara para mí, entiendo que para ti todavía es más extraño. Félix ahora está en su pueblo y allí se quedará, lo conozco y sé que el dolor que siente es intenso y que

no sé si será capaz de soportarlo, sé que se estará culpando por muchas cosas que no hizo y no pensará en todo lo bueno que sí hizo y en lo feliz que Beltrán fue a su lado. Sé que te necesita a ti, me contó pocas cosas, pero muy bonitas de lo que sentía cuando estaba a tu lado. Tienes que ir a buscarlo, quizás si te ve su corazón se pueda ir curando poco a poco.

—No sé si debo buscarlo, no sé si querrá verme, él nunca me contó nada de esto. Estoy confundida.

—Tienes que ir, confía en mí. Te he traído también unos bocetos que pinté en el hospital para vuestra novela, a Beltrán le encantó lo que dibujé, estaba entusiasmado con la novela, sé que no lo sabes, pero la mayoría de las ideas eran de él, creo que era su forma de tener entretenido a Félix y bueno, os puede ayudar si seguís con el proyecto más adelante y también un álbum de fotos. —Manuela volvió a llorar—. Lo hizo Beltrán con mi madre, quería que cada uno tuviéramos el nuestro y que cuando lo mirásemos lo hiciéramos con una sonrisa. Y también estos cómics a Beltrán le encantaban y estaba preocupado por si sus hermanos los destrozaban cuando él no estuviese, algunos se los regaló el padre de Félix, quiero que los tenga, no podrían estar en mejores manos. —Covadonga no pudo evitar llorar—. Aquí tienes la dirección, búscalos, sé que tú eres la persona que necesita.

—Manuela, no sé qué hacer ahora mismo, no quiero defraudarte, pero si te equivocas...

—No me equivoco. Además, tienes que entregarle esto. Tienes que buscarlo. —Se despidieron después de unos minutos en silencio. Covadonga caminó a su casa pensando en Félix, en el dolor que sentiría y en por qué nunca le había hablado de Beltrán. Le asaltaron dudas, ¿y si no era ella la mujer de la que le había hablado?, pero sabía su nombre, debía ser ella. Tenía que entregarle lo que Manuela le había confiado, solo por eso tenía que buscarlo.

Capítulo 16

Covadonga había esperado al fin de semana para buscar a Félix. Llegar allí era complicado y tendría que pasar la noche en el pueblo. Había pensado durante días en el momento de tenerlo enfrente, en cómo sería el volver a verlo, cómo reaccionaría cuando le entregase el paquete de Manuela. En unas horas llegó al pueblo y a la casa de Félix. Estaba enfrente de su puerta esperando tener el valor de llamar al timbre. Habían pasado varios vecinos y ya la habían mirado y murmurado al verla allí parada. En un pueblo tan pequeño ya había llamado la atención.

No podía dejar pasar más tiempo. Llamó a la puerta y a los pocos minutos abrió Félix. Su aspecto había cambiado: estaba desaliñado y parecía mucho más viejo. Solo sus ojos eran los mismos a pesar de la tristeza que tenían. Los dos se miraron en silencio unos segundos.

—Hola, Félix.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has llegado? —Covadonga se dio cuenta de que aquella visita no acabaría como ella había soñado.

—Manuela...

—Manuela se cree que puede meterse en mi vida, yo lo siento, Covadonga, lo siento, pero quiero estar solo, siento todo el daño que te hice. —Félix intentó cerrar la puerta.

—Félix, espera, te traigo esto, ella me pidió que te lo diera. —Félix no intentó cogerlo—. Te lo dejo aquí —dijo mientras lo colocaba en el suelo—. Siento mucho por lo que estás pasando, Félix. —Félix cerró la puerta sin decirle nada. Covadonga se fue intentando no llorar por las falsas expectativas que se había creado. Había soñado con un abrazo fuerte y reconfortante, con un beso suave en los labios y que él le hablase de todo lo que antes le había ocultado. Buscó un hotel para pasar la noche hasta la mañana siguiente, no había forma de salir de allí.

Félix comenzó a llorar detrás de la puerta, no sabía por qué no le hacía nada más que daño a Covadonga. Sentía en el alma tratarla así, pero es que no podía estar con ella. Después de unas horas, salió a la entrada y vio la bolsa que Covadonga le había dejado. La cogió y la abrió. Comenzó a llorar de nuevo al quitarle el papel de regalo. Vio una foto de Beltrán cuando era un bebé en la portada de un álbum. Tardó varios minutos en abrirlo, allí encontró fotos de los dos con frases de canciones que Félix le cantaba. Beltrán había creado ese álbum con mucho amor para él, no podía dejar de llorar, allí estaba toda su vida al lado de su hijo, se preguntaba en qué momento Beltrán habría decidido hacerlo, cuándo se encontró tan mal como para tomar esa decisión. Su

hijo todavía seguía cuidando de él, miró en la bolsa y vio un sobre dentro, tenía los dibujos de la novela que Manuela les había hecho y los cómics que Beltrán adoraba.

A la mañana siguiente, Covadonga volvió a su ciudad, a su casa, quería estar sola. Pensar en lo que había vivido los últimos meses, pensar en Félix. Se debatía entre volver a buscarlo, insistir, solo como amigos intentar cuidar de él o dejar que él superara su dolor. No sabía qué hacer. Siempre se echó la culpa de que su relación no fuera a más. Se culpó de su rechazo, solo se centró en ella y no llegó a pensar que quizás él estaba sufriendo por otros motivos. Por primera vez se había sentido egoísta, no se había preocupado de hablar más con él, de indagar sobre su vida, lo que él decidía contarle le valía. Sus miedos le habían impedido ver más allá. Ahora entendía sus ojos tristes muchas veces. Recordaba las palabras de Manuela, tenía un caos en su cabeza, sí sentía algo por ella, pero a la vez se culpaba por sentirlo en el momento inoportuno. Intentó varias veces continuar con la novela, pero sentía que no debía hacerlo sola. Decidió dejarla apartada, quizás en unos meses podría volver a retomarla y darle un final feliz.

Félix volvió a pasear por la playa como hacía todas las noches. Aquella noche una mujer se acercó y se quedó a su lado unos minutos en silencio. Félix la miró sorprendido de que estuviera allí, apenas la conocía de haberla visto por el pueblo.

—No puedes seguir así, Félix.

—No he pedido su opinión, ni siquiera la conozco.

—Ya lo sé, pero yo te la voy a dar igual. Sé por lo que estás pasando, yo pasé por lo mismo y estaba como tú, bueno, sigo como tú. No superé la muerte de mi hija y alejé a todo el mundo de mi lado. Incluso a mis hijos, me encerré en mí, en mi dolor y hasta hace poco no me di cuenta del daño que hice y que me hice.

—No tengo a nadie, así que no le hago daño a nadie.

—No estás solo, vi a esa chica que vino a buscarte y hay gente que se preocupa por ti

—No quiero seguir hablando con usted. —Félix se dio la vuelta y comenzó a caminar. La señora lo agarró del brazo.

—Hazlo por tu madre, ella no soportaría verte así, se le rompería el corazón.

—¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto, señora? Hace muchos años que está muerta.

—Lo sé, Félix, tú eras muy pequeño y no te acordarás de mí. Tu madre y yo éramos amigas de la infancia y cuando eras más pequeño venías a mi casa a jugar con mis hijos. Mi hija murió cuando apenas tenías tres años. Tu madre cuando se enteró, vino a cuidarme y sin ella no sé qué habría sido de mí. Ella se ocupó de mí desde el día del funeral. Cuidó de mí, de mis hijos, ella me tuvo la paciencia que no me tuvo mucha gente de mi familia y me sacó de ese agujero. Fue muy triste cuando os fuisteis de aquí, la necesité mucho, antes no había tantas formas de estar en contacto y después... —La mujer se quedó en silencio—. Sentí mucho su muerte, era una mujer maravillosa, un ser de luz, fue un golpe muy duro. —Félix no sabía qué decir—. Esta noche vienes a mi casa. —La mujer se agarró a su brazo y comenzó a caminar. Félix se dejó llevar. Sentía a su

madre más cerca de lo que nunca la había sentido en los últimos años. Se limpiaba las lágrimas de los ojos. Llegaron a la casa de la mujer, donde unos pequeños perros lo saludaron al llegar.

—Siéntate, voy a hacer la cena. Sé un plato que te puede gustar.

—No la quiero molestar, es mejor que me vaya.

—No te vas a ningún sitio, vosotros vigilarlo para que no se mueva —le dijo a sus perros. Félix se quedó mirando los perros que se sentaron enfrente de él. Y decidió quedarse, no se sentía con fuerzas para salir de allí. Miró a su alrededor, había muchas fotos de esa mujer con diferentes personas, debían ser sus hijos, sus nietos y entre ellas vio una de su madre. Se levantó y se acercó a la pared donde tenía las fotos. Confirmó que era su madre, estaba un poco más joven de como él la recordaba. La señora a su lado parecía triste, pero estaba arreglada como para una fiesta. La mujer lo vio en el salón mirando la foto.

—Tu madre me maquilló, discutimos mucho, era el cumpleaños de mi hijo. Manuel cumplía diez años y yo no quería hacer nada, pero entre mi marido y tu madre le hicieron una fiesta. No olvidaré el abrazo que me dio mi niño cuando me vio aparecer en la fiesta. Todavía lo recuerdo y me vienen las lágrimas. Ven a la cocina, ya tengo la cena.

—Huele muy bien, hace un rato que ya me llegó el olor y me recuerda a mi casa cuando llegaba del colegio.

—Este guiso me lo enseñó tu madre, no te voy a engañar, lo tenía preparado de esta mañana, tenía pensado llevártelo y me eché para tras, pero esta noche cuando te vi allí me preocupé.

—No iba a hacer nada...

—Quizás hoy no. —Le puso su mano encima de la Félix—. Pruébalo a ver si te recuerda a cómo lo hacía ella. —Félix lo probó y comenzó a llorar, aquella mujer lo abrazó. Félix lloró durante horas aquella noche en los brazos de esa mujer como si fueran los de su madre. A la mañana siguiente, le dio las gracias por su paciencia. Ella le pidió que la acompañara a la ermita, sabía que no era creyente como sus hijos, pero aquel lugar quizás podría llevarle algo de paz. La mujer cogió a sus perros y paseando se acercaron a la ermita que estaba abierta desde muy temprano. La mujer lo acompañó a la puerta.

—Entra, te espero aquí, enciende unas velas.

—¿No entra conmigo?

—En un rato, ahora necesitas estar solo, nadie te va a molestar. —Félix entró con miedo, aquel olor le resultó familiar, quizás había estado allí siendo muy pequeño. Cuando pasaba allí los veranos con Beltrán, nunca se habían acercado. Se acercó a las velas, cogió unas cerillas que había cerca y encendió todas las velas que estaban apagadas, se sentó en un banco y se quedó allí mirando las velas. La mujer entró al cabo de unas horas. Le tocó el hombro y salieron.

—Vamos a desayunar —le dijo.

—Me gustaría ir a un sitio.

—De acuerdo. —Caminaron hasta un pequeño bar donde solía desayunar con Beltrán. El hombre lo vio y lo abrazó. Los dos lloraron. Todos en el pueblo sabían lo que había ocurrido y

habían respetado su dolor. El hombre lo llevó a su mesa y les sirvió el desayuno que siempre pedían.

—Es muy difícil que lo veas ahora, Félix, pero la vida sigue y él siempre va a estar a tu lado — le dijo aquel hombre.

Durante unas semanas se quedó en casa de aquella mujer. Ella escuchaba todo el dolor que Félix llevaba dentro, sus angustias, sus culpas... Hablaban, paseaban y Félix día a día iba consiguiendo sentirse un poco mejor. Con ayuda de la mujer limpió la casa en la que había vivido encerrado los últimos meses, abrió las ventanas, tiró la basura acumulada, pintó las paredes. Después de esos arreglos, se parecía más a la casa en la que pasaba los veranos con Beltrán, la casa en la que vivían sus padres de recién casados y que le había dejado su padre el primer verano que tenía que pasar con Beltrán cuando él no tenía dinero para viajar. Allí había sido muy feliz. Su padre siempre le había aconsejado bien, pensó Félix. Se alegraba de haberle hecho caso cuando le aconsejó que se quedara en la vida de Beltrán. Habían sido los mejores años de su vida.

Capítulo 17

Para empezar este capítulo busca la canción *Aquí*, de Diego Ojeda. Escúchala cuando llegue el momento. Espero que la disfrutes.

Félix decidió volver a la ciudad, quería a buscar a Covadonga, si todavía estaba a tiempo. Pedirle perdón por no haber hablado antes con ella, por no haberle explicado su situación. En su casa pensaba en cambiar de vida, no quería seguir allí. Llamó a Manuela. Hablaron durante horas, le pidió perdón por no acudir al funeral. Manuela lo perdonó, había entendido que no todos afrontan el dolor de la misma manera y que Félix ya estaba viviendo su calvario. Félix le pidió que lo acompañara a visitar a Beltrán. Manuela aceptó y los dos acudieron juntos de la mano. Allí Félix lloró abrazado a Manuela. En un bar cercano tomaron un café y Félix le agradeció el paquete que le había enviado, aquel álbum le había ido dando fuerzas cada día. Le habló de la mujer que se encontró aquella noche. Sentía que su madre la había enviado para cuidar de él, aquella noche se sintió menos solo. Le habló de Covadonga, no sabía si intentarlo, si ella lo perdonaría, no se había portado muy bien. Manuela lo escuchaba pacientemente. Le aconsejó que si la amaba, que si seguía sintiendo lo que le había contado, que se arriesgara. Covadonga le había parecido una mujer buena, agradable y si la había hecho sentir mal, al menos pedirle perdón. Les ayudaría a los dos. Se debían una conversación.

Llegó a su bar de madrugada, estuvo unos minutos mirando desde fuera, seguía igual, los años no habían pasado por aquel bar, era el mismo en el que él visitaba a su padre de pequeño. Sabía que no quería seguir allí, no tenía claro qué hacer con su futuro, pero aquel no era el lugar. Ya estaba puesto en una agencia y en poco tiempo podría venderlo y olvidarse de él. Entró y se puso a limpiarlo. El bar había sido el comienzo de su relación con Covadonga y estaba pensando en que aquel sería el lugar donde le pediría perdón y con suerte tendrían un comienzo juntos. Pensó en un concierto, le debía uno. Félix apagó las luces del bar para que Covadonga no sospechara nada cuando pasara, si es que seguía pasando, ya había amanecido. No podía asomarse para comprobarlo porque si no ella lo vería. Tendría que confiar en que ella seguía con la rutina. Se puso en contacto con el cantante que había dado el concierto que ella se había perdido. Él aceptó después de que Félix le contara sus intenciones. Llegó al día siguiente a Oviedo. Y Félix ya tenía preparado el bar, había recordado una escena de la novela que Covadonga le había dejado leer en

la cual el chico se reconciliaba con la chica en un lugar lleno de flores y de velas. Félix decidió cambiarlo un poco y llenarlo de plantas y de pequeñas bombillas. Prepararía una cena en su mesa de escribir y en una de las paredes pintó “Escribamos nuestra historia”. Deseaba que todo saliese bien, todo estaba preparado para empezar a la hora en la que Covadonga tenía que pasar. Leía aquella frase y dudaba si era la mejor, quería decirle tantas cosas que habría tenido que pintar todas las paredes. Diego lo tranquilizó, la canción que había elegido ya le diría todo lo necesario para comenzar su historia si ella lo perdonaba. Félix sonrió al escucharla, todavía le quedaba la duda de lo que Covadonga podía decir aquella tarde cuando él la invitase a entrar.

Félix salió a la puerta del bar como había hecho muchas tardes antes a esperar a Covadonga. Covadonga lo vio en la puerta y su corazón dio un vuelco. Según se acercaba latía más fuerte.

—Hola, te estaba esperando.

—Hola, Félix —dijo suavemente Covadonga.

—¿Entras? —Covadonga lo miró sin saber qué hacer. Se quedó colgada de su sonrisa y de su mirada. Félix le cogió la mano y caminaron hacia el interior del bar. Al entrar vio cómo todo estaba decorado y no podía creer que estaba pasando. Vio cómo apareció Diego y comenzó a tocar. La letra de la canción...

*Quiero tocarte despacio
quiero seguir respirando
todos los miedos que arrastro
se irán alejando, si esperas por mí
Mi presente y yo, hablando de ti
negociando el por venir
ve preparando tus cosas
si quieres venir
Hay un estadio repleto
dentro de mi pecho gritando tu nombre
hay tiempo, hay canciones y tantos errores
que nunca jamás volveré a repetir
Una ciudad descarada, una casa
encantada, unas alas dobladas
que están preparadas para la batalla
De vernos aquí...
Yo nunca fui un súper héroe
tú vienes con tus poderes,
traes la ilusión en el rostro
y me pongo nervioso
al pensar si saber
Darte mi calma y mi paz
sabes, lo he pasado mal
ahora me toca estar solo
pero hay en tus ojos*

un brillo brutal

Covadonga miró a Félix que la observaba esperando algún gesto que le dijese que lo perdonaba, que quizás sí podrían tener una oportunidad. Covadonga se acercó a él y lo besó suavemente en los labios. Félix la rodeó con sus brazos. Mientras la canción seguía...

*Aquí, con
encuentros que cabalgan con el viento
quiero darle recorrido a lo que siento,
quiero darle tiempo al tiempo y a vivir
Aquí
pon tus manos encendidas en mi cuerpo
quiero atar amaneceres en tu pelo
quiero darle tiempo al tiempo y a vivir
a vivir, a vivir*

La canción acabó y Diego salió por la puerta, no quería romper ese momento mágico que estaban viviendo. Ellos no se dieron cuenta de su ausencia. Los dos se besaban y sonreían. Él le apartó el pelo suavemente del rostro y Covadonga lo miró.

—Me debes tu historia, quiero conocerte, conocer lo bueno y lo malo. —Félix la miró y la besó.

—Estoy preparado para contártela. Te amo, Covadonga.

FIN

Agradecimientos

Gracias a Lola Gude y a todo el equipo de Selecta por su trabajo, su paciencia y su tiempo. Gracias por hacer realidad mi sueño.

Gracias a mis hermanas por estar a mi lado y aguantar mis malos días.

Gracias a mi madre por ir con los marca páginas en el bolso regalándolos en cuanto tiene oportunidad.

Gracias a mi tía Tini por ser “mi gusta” siempre en Facebook.

Gracias a Diego Ojeda por dejarme utilizarme sus canciones, no hay ninguna canción mejor que *Aquí* para terminar este libro.

Gracias a todos los que compréis este libro, por dedicar vuestro tiempo a leerlo y a formar parte de este sueño.

Y un gracias amplio a todas las personas que te hacen la vida más fácil. Un simple hola o una sonrisa amable ayuda a que los días sean mejores.

Si te ha gustado
En el momento adecuado
te recomendamos comenzar a leer
Solo pienso en besarte
de *Laimie Scott*



Prólogo

*E*dimburgo

Megan abrió la puerta de su despacho con una mano mientras en la otra sostenía una pila de libros contra su pecho. Los dejó sobre la mesa con un resoplido, junto a la llave y su bolso.

—Vaya, parece que tienes tarea, ¿eh?

Iba tan centrada en dejar la carga que no se había percatado de que Kendra estaba sentada a su mesa.

—No lo sabes tú bien. Desde que obtuve la plaza de directora del departamento, mi trabajo se ha visto duplicado o triplicado —le explicó abriendo los ojos como platos y sus cejas subían hasta casi desaparecer bajo su pelo.

—Bueno, bueno, no será para tanto.

—Ufff, no sabría qué decirte. Por cierto, ahora que te veo y antes de que se me pase. —Megan se volvió hacia su mesa y rebuscó algo que tenía que ver con su compañera Kendra. Al momento, le tendía un papel en su mano—. Con motivo del festival de las artes que se celebra en poco menos de mes y medio, la facultad y la Asociación Británica de Shakespeare han acordado realizar un evento conjunto.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Han pensado tratar la influencia de Shakespeare en la obra de Scott. Y dado que tú eres la experta en la novelística de nuestro más conocido autor, he pensado en ti.

—Ya. —Kendra chasqueó la lengua y contempló desconcertada a Megan—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Sencillo. Me han comunicado desde la Asociación Británica de Estudios sobre Shakespeare, de la cual sabes que formo parte, que pretenden incluir, dentro de las conferencias que se celebrarán durante el festival, una parte que trate de Shakespeare y Scott.

—Bien, ¿y qué sentido me atañe? ¿Tengo que preparar dicha conferencia?

—Sí, pero no lo harás sola —le respondió observando el gesto de perplejidad de su compañera y amiga—. Uno de los miembros de la asociación vendrá para colaborar contigo.

—Me parece genial. ¿Y en qué se supone que tenemos que trabajar?

—Por lo que Kenneth, que es quien será tu colega de investigación, me ha contado, él estaría muy interesado en tratar la influencia de Shakespeare en *Kenilworth*.

Kendra permaneció en silencio con el ceño fruncido, a la expectativa de lo que su amiga tuviera que decirle. Pero al observar que esta no decía más, se aventuró a exponer lo que para ella era el tema más lógico a analizar.

—Supongo que se referirá al entramado histórico de la novela. Me refiero a la época isabelina, el auge de los primeros teatros y la figura de Shakespeare en la obra, que Scott convierte en dramaturgo y en como falseó la historia.

—Lo que tú me digas, ya que desconozco esa obra. Tú eres la experta en el romanticismo inglés en la novela y en la novelística de Walter Scott.

—Bueno, tendría que tratarlo con el tal Kenneth. ¿Tú lo conoces?

Megan abrió la boca para decirle la verdad de cómo era, pero al final cambió de idea a ese respecto.

—Sí. Es un tío abierto, muy simpático, estudioso de la obra de Shakespeare, como puedes suponer —le fue explicando mientras observaba como el semblante de Kendra pasaba por distintas fases. La estaba contemplando con una ceja arqueada y sus labios fruncidos. Parecía estar dándole a entender a ella que no se estaba creyendo una palabra sobre el tal Kenneth—. Exigente.

—¿Inglés?

—Ehhhhh... sí, claro. ¿Por qué me lo preguntas? ¿No irás a decirme que tienes algún inconveniente con su nacionalidad? —Megan sintió una sacudida en todo el cuerpo al ver la cara de su compañera.

—No. Solo es curiosidad. Mientras él no tenga reparo en trabajar con una ferviente escocesa —ironizó Kendra echándose hacia atrás en su silla.

—No habrá ningún problema. Ya lo verás. Además, piensa que ese trabajo que vais a llevar a cabo se publicará y te dará prestigio.

Kendra entrecerró los ojos y asintió. Esa idea le gustaba más. Una nueva publicación académica que añadir a su bibliografía.

—De acuerdo. ¿Cuándo se supone que empezaremos a trabajar en esto?

—Tengo que hablar con él para saber la fecha en la que vendrá y...

—Ah... Pero ¿va a venir? —la interrumpió Kendra, extrañada por ese hecho.

—Sí, claro. Vendrá para colaborar contigo. ¿Por qué pones esa cara de sorpresa?

—No, es que pensé que nos dedicaríamos a trabajar vía *email*. Ya me entiendes, intercambiando información y todo eso. Y que quedaríamos en alguna ocasión para poner el trabajo en común antes del festival.

—No. Le he pedido que venga y que pase aquí el tiempo que necesite. Podéis utilizar este despacho para trabajar.

—Entiendo. Bueno, pues cuando sepas el día que llega...

—No te preocupes por eso. Te mantendré al día. Tú solo tienes que ir desempolvando tus conocimientos sobre *Kenilworth*.

Kendra esbozó una sonrisa irónica.

—Tomaré algunas notas de mi trabajo de doctorado mientras llega el tal Kenneth —le dijo pronunciando el nombre con un toque diferente, como si pretendiera burlarse de Megan.

Londres

Kenneth permanecía sentado, degustando su té, mientras leía el dossier que Megan le había hecho llegar al respecto de la colaboración entre la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

de la Universidad de Edimburgo y la Asociación Británica de Shakespeare. A medida que iba leyendo, el gesto de su rostro mostraba diferentes emociones. Una vez concluida su lectura, dejó los folios sobre la mesa y su taza sobre el plato. Frente a él permanecía sentado Roland, el director de la asociación, quien entrelazó sus manos, apoyando los codos sobre los reposabrazos de su sillón, y mantuvo su mirada fija en Kenneth todo el tiempo que este tardó el leer el dossier.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? Megan me lo propuso, como directora de departamento de la facultad y como destacado miembro de la asociación.

Kenneth frunció los labios en primera instancia. Arqueó sus cejas con expresión de expectación ante aquella posibilidad de colaboración con la Universidad de Edimburgo. Y se limitó a asentir.

—Interesante. No voy a negártelo.

—Eso mismo le dije a Megan cuando charlamos por teléfono el otro día. Tú eres un entendido en la relación entre Shakespeare y Escocia.

—Sí, bueno... He estudiado la influencia de este en la obra de Scott. De hecho, en la que menciona Megan hay ciertos elementos que habría que estudiar con minuciosidad.

—He dicho a Megan que estarías dispuesto a colaborar.

—Oh, sí. Estaré encantado de trabajar con ella. Conozco su impecable trayectoria académica. No hemos hablado demasiado sobre Shakespeare las veces que hemos coincidido, pero...

—Todo eso que cuentas de ella está muy bien y es cierto. Solo que Megan no será la persona con la que tendrás que colaborar.

—¿No? Vaya. ¿Y quién será? ¿No será un becario o un estudiante de doctorado? Uno siempre tiene que estar pendiente de ellos en todo momento.

El tono hizo sonreír a Roland, que conocía demasiado bien a Kenneth y sabía de su exigencia con los trabajos de investigación. Era de la clase de personas a las que no les gustaba perder el tiempo, o, mejor dicho, que se lo hicieran perder.

—Una profesora de la propia facultad. Colega de Megan. Es experta en la novela inglesa. Y en la obra de Scott.

—Bueno, al menos es profesora —dijo con cierto alivio, esbozando una media sonrisa cargada de sarcasmo.

—No tienes nada de qué preocuparte. Ya te he dicho que es amiga y compañera de facultad de Megan. Incluso comparten el despacho en el departamento.

—Supongo que será una entendida en *Kenilworth*. —Kenneth entornó la mirada hacia Roland no sin dejar entrever su recelo.

—Acabo de decirte que ella es experta en la obra de Walter Scott. Enseña la novela histórica inglesa en la facultad.

—Sí, sí... Todo eso está muy bien, pero no todo el mundo que dice conocer la obra de un escritor ha profundizado en su análisis —le rebatió Kenneth esgrimiendo un dedo ante su colega para dejar clara la situación a la que se refería—. Megan, sin ir más lejos, siempre ha preferido las tragedias a las comedias de Shakespeare.

—Recientemente ha dirigido con éxito una tesis sobre *El sueño de una noche de verano*. Luego, tu apreciación ya no es cierta al cien por cien —le recordó Roland con una sonrisa de triunfo.

—Sí. Leí las conclusiones. Otra cosa que quería comentarte tiene que ver con la manera de trabajar. En el documento que ha enviado Megan. No especifica el método de trabajo.

—Me ha pedido que vayas a Edimburgo para estar en contacto continuo con la profesora Kendra. —Roland percibió el gesto de sorpresa en Kenneth.

—¿Pretende que vaya a Escocia? —preguntó con un toque de desinterés.

—Sí. La universidad te proporcionará un hotel para que te alojes. Además, tendréis que preparar el trabajo para el próximo festival, ya sabes, el que se celebra en agosto. Participaréis en una serie de charlas sobre este tema. Espero que no sea un inconveniente para ti. —Roland estudió con detalle cada gesto de Kenneth e incluso podría asegurar que, pese a no decirlo de manera directa, no le hacía mucha gracia.

—No, no. Está bien. Preparé todo para mi inminente marcha. Me reuniré con Megan y con la profesora Kendra. Veremos a qué conclusiones llegamos. Solo espero no pasar demasiado tiempo en Edimburgo.

—¿Tienes otros planes? Acabo de preguntarte si esto supone un trastorno para ti.

—Estaba pensando largarme de vacaciones en cuanto terminen las clases y entregue las notas.

—Estás a tiempo de decirme que no. Puedo llamar a Megan y...

—No, no. Déjalo. Conoceré a esa profesora escocesa y veremos qué tal se da la cosa. Espero que no se trate de esa clase de escoceses orgullosos. —Kenneth movió sus cejas con toda intención.

—¿Tienes algún problema con su nacionalismo? ¿No irás a decirme que no los tragas?

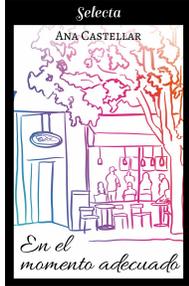
—No, no, ni mucho menos. Si es como Megan...

Kenneth pensó en la mujer con la que trabajaría y sonrió con toda intención. Buscaría información sobre esa profesora a ver qué tal era. Sus publicaciones, las conferencias que había dado, congresos en los que había participado... «En definitiva, si tengo que renunciar a mis vacaciones y encima pasar una temporada en Edimburgo, que al menos la persona con la que voy a trabajar merezca la pena desde el punto de vista académico», se dijo, resoplando porque temía encontrarse cualquier cosa.

—Seguro que os entendéis sin problema. Los escoceses son muy abiertos.

—Sí, excepto con los ingleses —señaló Kenneth apurando su té.

En el momento adecuado



No hay culpa más grande que no permitirse ser feliz. Félix es un hombre que se ha acostumbrado a la rutina para olvidar, de alguna forma, los momentos difíciles por los que está pasando. Dueño de un bar, es testigo de la gente que pasa por la puerta. Ninguna llama su atención hasta que descubre a una joven que transita la calle a diario. Decidido a poner un poco de color en su triste vida, se anima a saludarla.

Covadonga no es inmune al efecto que produce en ella el enigmático hombre propietario del bar, sin embargo, siente que algo no funciona en la relación que comienzan a tener y se culpa, pues cree que es ella la responsable.

Un suceso en la vida de Félix los acercará y alejará a la vez, y será él quien deberá buscarla para rehacer lo que apenas han iniciado.

Ana Castellar nació en Asturias en febrero de 1979, decidió estudiar psicología. Desde pequeña es una amante de la lectura, le da igual el género, sin embargo, la novela romántica siempre ha sido su favorita. Escribir es algo que le apasiona desde siempre, por eso un día decidió dar el gran paso: se atrevió a crear su propia novela y a aceptar el reto de mostrarla a los lectores.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Ana Castelar

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-57-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

En el momento adecuado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Castellar

Créditos